



punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

250



6

EDITORIAL

DOSSIER

- 9 *Patio de juegos* Ángel Soto
- 10 *Doce uvas* Joaquín de la Torre
- 12 *Ajo, sangre y matrimonio* Dora Luz Herrera Jiménez
- 19 *Una fiesta misterica* Diego Montoya
- 24 *Toilette* Mariana Villalobos
- 28 *Cuerpo y culpa* Emmanuel Erenas
- 32 *Fragments noctámbulos* Carlos Sánchez Ramírez "Emir"
- 34 *Cerros orientales* Juliana Sánchez-Castellanos
- 39 *El día mundial del vampiro chilango* Jimena Cherry



47 *Soñamos con morirnos de risa* Jazmin Campos Díaz

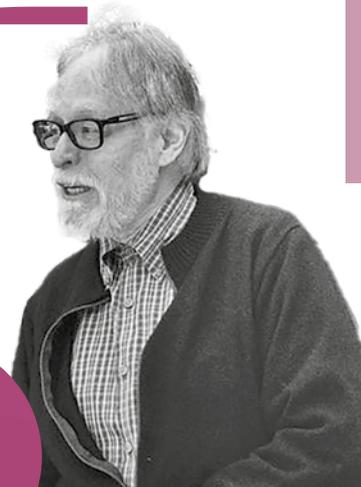
48 *Fiesta del diluvio choriciento* Daniela León Resendiz

53 *La fiesta de los antros de los últimos días* Daniel del Toro

DEL ARCHIVO

62

David Huerta: la música de lo que pasa en clase Fabián Espejel



68

TESAURO

Poeta

María Villa

RESEÑA

71 *Una vida sinfónica* Ian Castelo



73

TINTA SUELTA

Hasta que truene Sandy de Santos

78

COLABORADORES

250
marzo-abril 2025

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Leonardo Lomelí Vanegas

Rector

Rosa Beltrán

Coordinadora de Difusión Cultural

Julia Santibáñez

**Directora de Literatura y Fomento
a la Lectura**

PUNTO DE PARTIDA

Dirección: Carmina Estrada

Edición: Aranzazú Blázquez Menes

Redacción: Alejandro Arras

Diseño y dirección de arte: Anilú Zavala

Difusión: Axel Alonso

Impresión en offset: Litográfica Ingramex, S.A. de C.V. Centeno 162-1,
Col. Granjas Esmeralda, Ciudad de México, 09810.

Punto de partida, Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, Ciudad de México, 04510.

puntodepartida.unam.mx

puntoonlinea.unam.mx

Tel.: 56 22 62 01

Dirigir correspondencia y colaboraciones a

puntodepartidaunam@gmail.com

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución. *Punto de partida* es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510. ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102. Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos, forros en cartulina sulfatada de 12 puntos.

 Puntodepartidaunam

 P_departidaunam

 puntodepartida_unam

Fiesta



Doscientos cincuenta números y casi sesenta años se escriben fácil, pero a cada letra la sostiene el trabajo de muchas personas, cada una de las cuales ha hecho su labor convencida de la valía que tiene un espacio como *Punto de partida*. El tiempo —y la vocación y el talento y la perseverancia de quienes hicieron y hacen honor a su nombre— apuntala esa certeza.

Hoy, literalmente, estamos de fiesta, y lo celebramos ataviados con un nuevo diseño, resultado de la encomienda que recibimos de la maestra Julia Santibáñez, directora de Literatura UNAM, el otoño pasado. Una renovación que corresponda los cambios de un público que nunca dejará de ser desafiante: la joven comunidad universitaria, y al tenor de las experimentaciones editoriales de esta época.

Continuaremos con un *dossier* temático, como centro de cada edición, en el que los autores explorarán su camino hacia la idea propuesta. En este número lo festivo corre por distintos escenarios: en la crítica a la gentrificación de los barrios y sus celebraciones de las que habla la bogotana Juliana Sánchez-Castellanos; en las vivencias infantiles de los patios de juego —que versa Ángel Soto—, en los deseos de año nuevo —que recuenta Joaquín de la Torre—, y en las azoteas que conquistan los felinos —de lo que es testigo Daniela León Resendiz—. O en los clubes que acogen tribus y otras formas de ser: Diego Montoya escribe sobre las fiestas *swingers*, y Jimena Cherry sobre las góticas.

Como sabemos, pocas fiestas ocurren sin enamoramientos, sin reguetón —o casi ninguna— y sin el desenfreno del cuerpo: así lo cuenta Mariana Villalobos en su fragmento de

Toilette, Emmanuel Erenas en “*Cuerpo y culpa*”, y Daniel del Toro en su ensayo apocalíptico sobre el perreo. Las celebraciones también son momentos de sentimientos encontrados: Dora Luz Herrera Jiménez comparte un cuento sobre un matrimonio fracasado de principio a fin, mientras que Carlos Sánchez Ramírez “Emir” y Jazmín Campos Díaz escriben poemas que van y vienen entre la nostalgia y la libertad de eso que significa crecer.

La siguiente parte abre con una sección que comenzó en nuestras redes sociales, pero cuya riqueza —de personajes y contenido— muy pronto nos reveló la necesidad de desatar los ríos internos de *Punto de partida*: **Del archivo** recupera figuras literarias que publicaron sus pininos en estas páginas; desde la mirada joven, queremos saber quiénes son ahora y qué representan. Inauguramos esta sección con dos poetas de lujo: Fabián Espejel escribe entrañablemente —y cómo no!— sobre David Huerta, maestro de maestros hondamente querido entre la comunidad *letraberrida*. Un artículo acompañado por fotografías de Alejandro Arras que atestiguan el humor y la fraternidad del autor de *Incurable*.

Después, **Tesouro**, dos páginas que se abren de par en par, como un cofre del tesoro, y revelan un flashazo a partir de una palabra: un texto o poema brevísimo, una fotografía, una ilustración o una pregunta. Una sola palabra, infinitas opciones para interpretar. María Villa pone la primera piedra: *poeta*. ¿Cuál será la siguiente?

La sección de **reseñas** se extiende más allá de los libros, con la idea de explorar distintas formas artísticas y sus variadas recepciones. Así, en consonancia con los concursos universitarios Fósforo y Criticón, invitamos a enviar reseñas sobre cine, teatro, danza, exposiciones, ferias y, por supuesto, libros. Conservamos también la sección de narrativa gráfica, **Tinta suelta**, con la que esperamos seguir conociendo esta escena y que en este número presenta una historia telúrica a cargo de Sandy de Santos. Agradecemos también a nuestras y nuestros colaboradores gráficos, quienes se unieron a este festejo; así como a Jorge Basurto “13Death” por la imagen de portada que inaugura esta etapa.

Pasen a estas páginas de manteles largos, que la **fiesta** apenas comienza. 🍷

Aranzazú Blázquez Menes

Patio de juegos

Ángel Soto

Era un campo de guerra sin sangre derramada,
de abordajes serenos,
de pugnas dirimidas anticipadamente.

Era un estruendo de suelas gastadas
aullando con el pulso del apremio infantil.
Y era también un bazar clandestino
de almuerzos que transitaban de mano
en mano y a otra mano.

En sus tubos las peras soportaban
los embates resueltos
de criaturas elásticas
y las pelotas como proyectiles
cruzaban el terreno
con sus plastificadas liviandades.
Recuerdo incluso que ciertas mañanas
el suelo macizo de chapopote
se encrespaba, no sé
si por el sol o a causa del asedio
de policías buscando ladrones.

Era una fiesta íntima
pero fraternizada por un pacto
cómplice, mudo, tácito.

Desde afuera la escena parecía
una exacta definición del caos.
Pero si tú encontrabas la manera
de embeberte en el temblor del ritual
intuías que esos treinta minutos
ejercidos a diario
podrían modelar años más tarde
la memoria precisa,
quizás la más preciada,
de tu inocencia.



▲ *Vinieron todos*, Sonya Pulido

Ángel Soto (Ciudad de México, 1933). Periodista cultural y traductor. Es editor digital de *Laberinto*, suplemento cultural de *Milenio Diario*, donde escribe sobre literatura, música y cine. Es creador de *Tinta y voz*, un boletín y podcast sobre literatura contemporánea en español.

Doce uvas

Joaquín de la Torre

Recuerdo que de niño las doce uvas eran deseos enormes con los que podía darme el lujo de ser irresponsable. Qué podía ser tan urgente en la vida de un pequeño de apenas once años acogido en el seno de una amorosa familia: ¿una bicicleta nueva?, ¿menos tarea en la escuela?, ¿algún juguete de moda? Aun así, mientras los adultos tardaban una campanada en pedir, masticar y tragar cada deseo, yo demoraba acaso dos o tres repiques. Y aunque incluso, desde entonces, tampoco sabía realmente qué hacer con mis doce deseos, cada año trataba de mejorar mis tiempos como el velocista que se lanza hacia el precipicio de la gloria.

Para ello recurrí a toda clase de estrategias. A veces escogí las uvas más pequeñas en el supermercado con mi madre, otras veces probé uvas sin semilla y hasta elaboré complejas ecuaciones para calcular la esotérica equivalencia entre “uva”, “deseo” y “pasa”. Siendo más grande empecé a anotar mis peticiones desde los primeros meses del año —siempre en orden de prioridad en caso de que no lograra terminar con las doce uvas—, y muchas veces más perdí esa misma lista semanas antes de que llegara el invierno. También, en más de una ocasión, invadido por la desesperanza, olvidé masticar mis deseos y me los tragué como si fueran aspirinas para la resaca.

Mi abuelita Matilde, por otro lado, se toma el tiempo necesario, sin prisas ni presiones, para pedir cada deseo con toda sabiduría, e incluso ha llegado a dejar, junto con el año viejo, unas cinco uvas en su plato. Hay veces que, rebasada por campanadas, brindis y nietos, interrumpe su ritual y, sólo después de abrazar y felicitar a toda la familia, lo reanuda de manera indiferente. El año pasado ni siquiera se esforzó en desvelarse y se fue a la cama a las once de la noche. A la mañana siguiente, durante el desayuno, pidió sus deseos y hasta me convidó uno.

Ahora tengo la edad suficiente como para devorar de un bocado hasta dos uvas al mismo tiempo, pero he aprendido que nadie es lo suficientemente importante como para poder morir del todo satisfecho. Por otra parte, desde que ya no intento terminar mis doce uvas, no me va del todo mal. De hecho, creo que nunca en la vida me ha ido mal, pero tampoco me ha ido del todo bien. Y es que no hay otra manera de vivir: nadie puede ser verdaderamente bueno embriagado de felicidad. Vale más perder dos o tres deseos que atragantarse sin poder saborearlos o, de menos, masticarlos. De cualquier forma, ¿qué haríamos al siguiente año si éste terminamos de devorar las doce uvas antes de que suene la última campanada? ¿Qué más podríamos pedir en la plenitud de la dicha? ¿Qué razón tendríamos, pues, para levantarnos de la cama y conquistar cada primero de enero? 

Joaquín de la Torre (Ciudad de México, 1991). Autor de *Te soñé/sombra* (2015) y *Un cementerio que fue bosque* (2020). Fue becario de la FLM (2017-2018) y en 2019 realizó una residencia artística en Montreal con apoyo del FONCA y del CALQ.

Ajo, sangre y matrimonio

Dora Luz Herrera Jiménez

Roberto Gonzalo murió en la madrugada del día de la boda, lo que representó un grave problema, ya que él era el padrino de anillos. Los novios se paralizaron al recibir la noticia de boca de doña Chole, quien les vendió las tortillas para su desayuno. Cancelar la fiesta era más que imposible, Julieta no podía arriesgarse a posponer el matrimonio otra vez. Ya lo había hecho el año anterior, cuando falleció el abuelo de Rubén, su prometido. Y antes de eso, lo aplazó dos veces más: la primera, al sorprender a Rubén con Carmela Aguilar, la hija de la Papaya, y la segunda, cuando él perdió todo su dinero apostando en peleas de gallos.

El destino le gritaba: “No te cases, no te cases”, y la advertencia se mezclaba con las cantaletas que repetía la familia de Rubén: “Es que esto es de mal agüero”, “es que su boda olerá a muerto”. Pero todos esos consejos se desvanecían en el aire antes de hacer eco en los oídos de Julieta. Para ella, casarse no era un anhelo, era un pendiente que debía borrar de la lista antes de cumplir los veintitrés años.

Julieta se amarró los pantalones, dejó que Rubén fuera a dar las condolencias a sus vecinos, marcando tras él un camino de lágrimas, y ella sacó de la casa de Rubén un recogedor de aluminio, una cubeta con agua y una escoba desgastada para levantar los residuos del muerto. A media calle se encontraba la sangre. El sol hacía que el tono marrón brillara y que resaltaran los viscosos restos de sesos. Julieta decidió levantarlos con el recogedor y meterlos en una bolsa, pero mientras se aproximaba a la casa notó que el sombrero que Roberto Gonzalo siempre portaba había sido volado por el viento y enviado hasta los escondidos matorrales de mora. La idea se prendió como un foco en su cerebro. Tomó el sombrero y, dentro de él, echó los sesos. Luego, acomodó el sombrero sobre la mata y restregó el piso con la escoba. Para cuando terminó de limpiar, los sesos se habían borrado de su memoria.

Rubén, por su parte, no lloraba de tristeza, lloraba de culpa. Había dejado a su amigo en el cabaret del barrio, a la mitad de su despedida de

Farid Negrete ▶

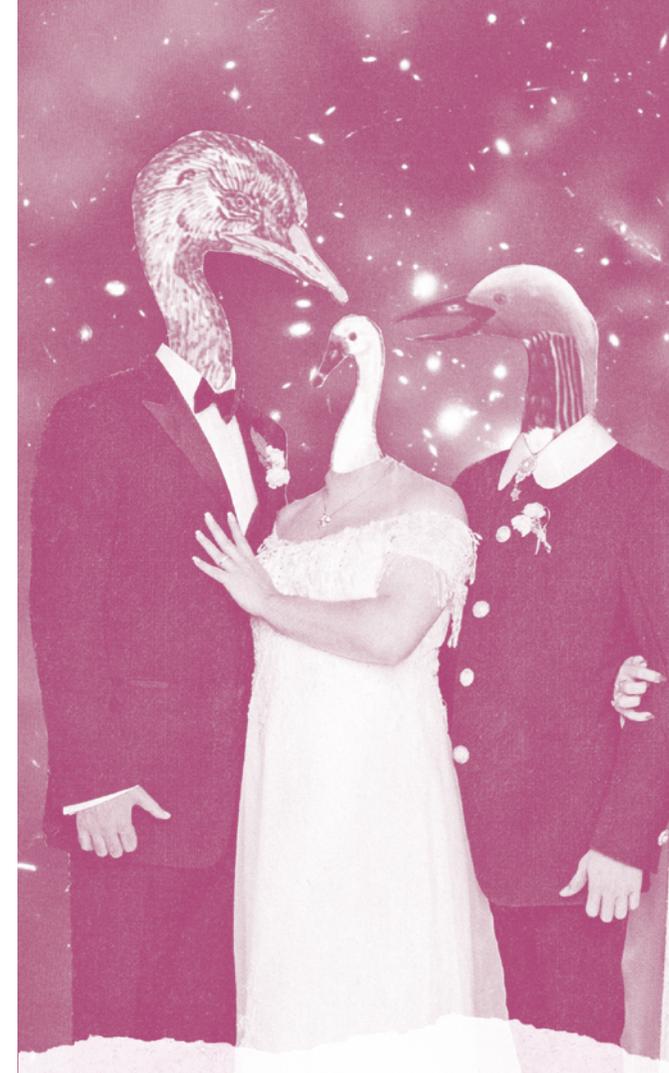
soltero, porque se fugó con Carmelita Aguilar. Roberto Gonzalo, que siempre se emborrachaba como si el mañana no existiera, regresó solo a casa y pensó que sería buena idea acostarse en medio de la calle. Lamentablemente, don Vargas decidió sacar su Ford muy de mañana, y como no tenía costumbre de divisar si había borrachos en el piso, aplastó el cráneo de Roberto Gonzalo creyendo que era un tope. La gente del pueblo no lo culpó. Con sus noventa años, era mucho pedir que siguiera manejando, que viera bien y que lo metieran a la cárcel.

Rubén no encontró las palabras apropiadas para dar el pésame a los padres de su amigo. Sólo se sentó en los banquitos de madera que había en la sala y se quedó mirando el suelo de tierra mientras la familia acarrea los muebles. Entraban y salían con las sillas, con las mesas, con los roperos, dejando la pequeña casa vacía para que ahí velaran al muerto. Rubén entendió que era momento de irse cuando el único objeto que estorbaba era su cuerpo. Se paró desganado, con el rostro compungido, y se acercó a la madre de Roberto Gonzalo para pedirle los anillos que su hijo había comprado.

Doña Petra lo miró con exasperación y le reveló que los había empeñado para pagar una décima parte de la caja de su hijo. Y que, si le hacía favor, fuera pensando en pagar las deudas que tenía con ellos, porque iban a ocupar mucho dinero para el velorio y el entierro. Rubén asintió con la cabeza y se fue lentamente, indignado, jurándose a sí mismo que ni les pagaría ni volvería a entrar a esa casa.

Sin anillos, dinero ni ganas de casarse, Rubén pensó en un plan para que Julieta no se molestara con él ante la ausencia de anillos. Se metió a la verdulería de doña Esperanza y buscó una cabeza de ajo, pero al oír el precio y recordar que no tenía dinero decidió soltarla.

—Ora, doña Eessspe. Están re caros y re chiquitos.



—Ay, mijo. Pa' ti todo está bien caro y más cuando hay que pagarlo. Por cierto, ya te mandé la cuenta de las verduras que te di pa' la comida de tu boda, eh. No vayas a creer que es de regalo. Y con eso de que ni me invitaste...

—Ay, doña Espe, pero qué falta de confianza. Usted es la invitada de honor. Es más, va a ser la madrina de anillos, con eso de que Roberto Gonzalo se murió...

—Ora, tú, loco, ¿y yo de dónde voy a sacar para comprarte anillos?

Rubén tomó de nuevo la cabeza de ajos.
—Estos van a ser los anillos, doña Eeespe — Y mientras hablaba arrancó dos dientes de ajo y los puso entre las ancianas manos de la vendedora—. Se va bien bañada y la espero en la misa a las 4, eh.

Doña Esperanza miró el contenido de sus manos y negó con la cabeza.

—Ay, mijo, ni pa' elegir los ajos sirves, están bien podridos.

Por su lado, Julieta preparaba todo afuera de la casa de su futuro esposo. Sus primos colocaron las carpas blancas y decidieron tapar el lado que daba a la casa del muerto con cortinas y sábanas. El menú estaba listo: adobo de pollo, carnitas de cerdo y frijoles con queso. De tomar, Jarritos de fresa, piña, mandarina, toronja, durazno, tamarindo. Para emborracharse, treinta litros de caña. Y de postre, el pastel que llevaría su prima Juana. Las mesas estaban acomodadas, ya sólo faltaba que las madrinas de centro de mesa las adornaran. Los señores del sonido terminaban de acomodar las bocinas y las pantallas. La mamá de la novia barrió toda la cuadra, en apoyo a su hija y a la familia de Roberto Gonzalo. Ahora sólo faltaba que todos se bañaran y esperaran la hora de la misa.

—Ay, mijita, a mí me da pena que tengamos la pachanga aquí, junto al velorio.

—Ay, má, pena de qué. Se cosecha lo que se siembra.

A las 3:30 de la tarde salió Rubén de su casa, escoltado por sus padres y sus dos hermanas. Todos vestían de negro. Estaban de luto. La tía Charito, que los esperaba afuera, grababa la salida del novio con su celular nuevo, el responsable de que no llevara regalo. A modo de broma, pero demasiado en serio, comenzó a tararear la marcha nupcial y, como caminaba de espaldas, no se dio cuenta de que casi la atropella el coche fúnebre que transportaba la caja de Roberto Gonzalo. La familia pudo advertirle, pero todos guardaron silencio, porque esperaban que Dios o el destino o la suerte o la repentina muerte de la tía Charito cancelaran la boda. Pero el chofer paró. No por cuidar a los imprudentes que caminaban a media calle, sino porque las mesas le impedían el paso.

Después de atravesar las cinco cuadras que los separaban de la parroquia, llegaron a su destino. Entraron y se acomodaron, todos menos Rubén, que debía esperar a su novia en la puerta. La iglesia estaba atiborrada de gerberas y crisantemos blancos. También estaba atiborrada de gente vestida de negro. Rubén buscó con la mirada a Carmelita Aguilar, pero no la encontró. Mientras esperaba a su novia tuvo el impulso de escapar de la iglesia, pero Julieta, siempre tan adelantada, no lo hizo esperar. Antes de que Rubén pudiera huir se paró frente a él.

Siendo sinceros, Julieta era bastante guapa. Un buen partido. Trabajadora, joven, lista... su único defecto era no saber elegir a los hombres. Quizá su juventud le jugaba chueco o quizá la idea que le metieron desde pequeña en la cabeza, acerca de que una mujer debe soportarlo todo por amor, hasta el desprecio y la humillación. Hasta la falta de ese amor.

Pero Julieta se sentía triunfante, su sonrisa la delataba. Sus dientes fueron exhibidos como símbolo de victoria y se enmarcaron de manera uniforme entre sus labios carnosos color chocolate. Podríamos hablar de su rostro, pero estaba oculto por un velo blanco, más blanco que su vestido desteñido, heredado de su madre, heredado de su abuela, heredado de la tía Panchita, la que fue esposa ilegítima del coronel Bustamante.

Julieta y Rubén se miraron fijamente. Ambos sonrieron con falsedad. En ese momento, Rubén se percató de que no debía estar en la puerta, sino junto al sacerdote. Se persignó frente al altar y corrió despavorido, ocasionando las risitas de los presentes. El repique vigoroso y continuo que anunciaba el inicio de la misa sonó justo cuando la mamá de Julieta agarraba a su hija del hombro. Ella sería quien la entregaría en el altar. Ambas caminaron hacia ahí con orgullo y con la cabeza bien levantada, porque podría ser que Julieta no tuviera padre, pero le sobraba mucha madre como para recorrer sola el camino.

La misa fue larga y aburrida. El sacerdote, que era tartamudo, les dio un sermón ininteligible acerca del matrimonio y sobre la importancia de que su consorcio estuviera protegido por Dios. El templo se llenó de bostezos y uno que otro ronquido interrumpido por los codazos de los buenos samaritanos que no querían hacer pasar vergüenza a sus vecinos de asiento. Cuando todos los presentes creyeron que la eternidad se reducía a una boda, llegó el momento de unir su vida mediante los anillos. Doña Esperanza se les acercó con aires de pedantería y colocó en la mano de cada novio un diente de ajo.

Julieta quedó boquiabierta. Su rostro no exhibió disgusto, pero sí incompreensión. Arqueó la ceja izquierda mientras miraba a Rubén en busca de explicaciones. Rubén le tomó la mano con una dulzura jamás antes vista en el pueblo y dijo para ella y para todos:

—Julieta, recibe este ajo como símbolo de unión. Este ajo, en algún momento, trató de separarnos. ¿Recuerdas cuando lo encontraste en mi bolsa y entendiste que una mala mujer me había cuchareado? Pues ahora, enfrente de Dios y enfrente de todos, te confieso que yo te quiero cucharear a ti. Quiero unirme a mí, quiero que siempre estés conmigo.

Julieta lo miró sonriendo. Sí, recordaba aquel día que encontró a Rubén con la hija de la Papaya. Recordó todo el *show* que armó, exhibiéndolos no sólo con sus familias, sino con el pueblo entero. Sin embargo, mientras buscaba más pruebas del delito en la ropa de su pareja, encontró un ajo en una de las bolsas de su chamarra. Inmediatamente entendió todo. La Carmela lo había cuchareado, le había hecho un embrujo para amarrarlo, para que se enamorara de ella, para quitárselo.

Rápidamente, Julieta corrió en busca de un huevo de rancho, una rama de laurel y loción siete machos. Hizo que pisara el ajo y le escupiera y luego limpió a Rubén, barriéndolo



▲ Mariana Huitzil Ascención, *Contemplación*, 2023

con el laurel y el huevo. Cuando vertió el huevo en un vaso con agua, toda la familia advirtió que estaba podrido.

—Trais un chingo de viento, mijo. Te hicieron del ojo y también te hicieron brujería. Pobrecito.

Rubén fue una víctima de las malas cabezas y por eso Julieta pudo justificarlo y perdonarlo. Recordar ese hecho el día de su boda le empañó los ojos de lágrimas y le hizo pensar que resignificar el simbolismo del ajo era lo más bonito que Rubén había hecho por ella. Entonces, lo apretó y lo puso en su pecho, a la altura de su corazón, para demostrarle a él y a todos que aceptaba su mano.

—Mi amor, recibe este ajo como símbolo de amor eterno. Siempre estaré para cuidarte y protegerte. Desde el primer momento en que te vi supe que serías mi esposo. Te amo. —Pobre Julieta, lo decía en serio, mientras acomodaba el otro ajo en las manos suaves de Rubén, más suaves que las de ella. Ojalá que en ese roce comprendiera que su esposo no usaría las manos ni para trabajar.

En ese momento, sonó la segunda llamada para la misa de las 5. El repique recordaba la muerte. Su sonido lento y solemne se apoderó del aire. El silencio sólo fue roto por los tres toques graves y espaciados. El público no sabía si aplaudir a los novios o guardar silencio para el muerto. Entonces no hicieron nada. La boda fue sellada con la bendición del padre, sin vítores de los presentes.

Una vez que salieron de misa se encontraron con el primer conflicto en su matrimonio. La caja del muerto estaba frente a la puerta de la iglesia. La familia de Roberto Gonzalo los miraba con saña. Sus ojos gritaban que querían arruinarles el momento. Pero para eso, los niños presentes ya tenían las manos llenas de arroz, mismo que aventaron sin reparo a los novios. El cereal bañó al matrimonio, a la caja y a la

familia de Roberto Gonzalo, ocasionando que una parvada de palomas se les aventara, despeinara a Julieta y cagara sobre la caja del muerto. Ambas familias se desentendieron molestas y regresaron a sus asuntos.

La mitad de los presentes se quedó en la misa de Roberto Gonzalo, mientras los demás acompañaron a la pareja, con más hambre que cariño. Todos sabían que les esperaba un banquete. La familia de Julieta podría ser pobre, pero en fechas de fiesta siempre tiraba la casa por la ventana. Las malas lenguas decían que habían matado dos cochinos y, como probablemente no acudiría mucha gente porque la fiesta era en la casa de Rubén y todos detestaban a los Pérez, seguramente sobraría comida. Por eso, las señoras invitadas inundaron sus bolsas con tópers.

Y como supusieron, fueron recibidos con las mesas llenas de comida. Por la falta de meseros toda la familia de Julieta acarreo los alimentos. Hasta la misma Julieta atendía a los invitados, llevándoles tortillas, frijoles y platos de comida. Rubén comía sentado junto a su madre, quien se chupaba los dedos y se quejaba de lo grasosas que estaban las carnitas. El papá de Rubén repartía caña a diestra y siniestra, así como si no fueran las 5:30 de la tarde, así como si él hubiera comprado el licor. En menos de veinte minutos la caña se acabó y mandó a la madre de Julieta a comprar otras cinco garrafas.

—Órale, Lupita, no seas tacaña. Acuérdate que querías casar bien a tu hija y que la familia de la novia paga la boda.

Los narcocorridos amenizaron el ambiente. El DJ aprovechó que aún no terminaba la misa del muerto para subir el volumen al máximo. Los niños se tapaban los oídos. Contra todo pronóstico, la casa se llenó de invitados, lo que hizo que Julieta no pudiera sentarse ni a comer y que no pudiera recibir los regalos. En algún momento, el adobo del pollo cayó sobre su

vestido y tuvo que cambiarse, dejando como único rastro de que era la novia el maquillaje excesivo, el chongo y el tocado.

Por su parte, Rubén puso a sus hermanas a recibir los obsequios mientras él brindaba con sus amigos. Sentados, honraban la memoria de Roberto Gonzalo. En ese momento, se escuchó la trompeta del mariachi. El DJ bajó por completo el volumen de la música y los asistentes de la boda guardaron silencio. Poco a poco el mariachi se fue acercando y, con él, la procesión que velaría al muerto.

La música adolorida vibraba en los oídos de Rubén: “El día que yo me muera no voy a llevarme nada, hay que darle gusto al gusto, la vida pronto se acaba. Lo que pasó en este mundo, nomás el recuerdo queda. Ya muerto voy a llevarme nomás un puño de tierra”. Rubén pensaba con



▲ Mariana Huitzil Ascención, *Follow the leader (hacia el final)*, 2023

tristeza que no era el momento de casarse, que le había faltado vivir más, que no podía comprometerse por completo con Julieta, porque sería un insulto a su libertad.

Y mientras se convencía a sí mismo de que su forma de pensar era la correcta, escuchó el llanto más hermoso del mundo. No por nada Carmelita Aguilar solía ser contratada para llorar en funerales. Atrás del cortejo fúnebre, atrás de los mariachis, atrás de todo el mundo, estaba su amada, llorando, gimiendo, gritando: “Ay, Roberto Gonzalo, qué haremos sin ti”. Y caminaba pavoneando esas caderas de infarto, entalladas por su falda negra de vinipiel y acrecentadas visualmente por el

corsé que le provocaba un llanto más agudo y hacía que rebotaran sus senos.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, los asistentes de la boda se pasaron al cortejo, mientras los del cortejo se pasaron a la boda. La excusa de los primeros fue que irían por ponche y café para cuando Rubén y Julieta partieran el pastel. La excusa de los segundos fue que pasarían a comer para aguantar el velorio toda la noche, aunque nadie tenía intención de quedarse tanto tiempo.

Fue cuando Rubén decidió ir tantito al velorio, al fin de cuentas Roberto Gonzalo era su mejor amigo. Afortunadamente para él, Julieta y su familia estaban demasiado ocupados atendiendo a los nuevos invitados. Sus hermanas estaban atareadas hurtando los regalos y su padre emborrachando a los demás. De su mamá no se preocupaba, porque le solapaba todo, y de la gente menos, porque era tan conocido su débil carácter que ya ni lo juzgaban.

Ni siquiera tuvo que entrar a persignarse frente al ataúd. Hasta el muerto sabía a qué iba en realidad. Iba a besarse con Carmelita Aguilar. Iba a gritarle en la cara a Roberto Gonzalo que una vez más se besaba con su novia, que una vez más le estaba ganando el mandado. Carmelita lo miró divertida, aunque lloraba con aparente sentimiento, acompañada por sus otros amantes, quienes le tallaban la espalda ante cada lamento y le acariciaban las piernas desnudas por la presencia del viento.

Rubén se emocionó al pensar que ahora tenía un contrincante menos. Amaba a Carmelita con todo su ser, con toda su alma, con todas sus fuerzas. Carmelita era la libertad que siempre había anhelado. Carmelita era la juventud que le

faltaba a sus cuarenta y cinco años. Carmelita era su vida. Y ella lo sabía, por eso se burlaba. Cuando terminó el segundo rosario, Carmelita se paró y con los ojos le pidió que la siguiera hasta el matorral de moras.

En ese momento escucharon los cuetes. El DJ subió la música y dijo en el micrófono que, ante la ausencia de los novios, las hermanas de Rubén partirían el pastel. La gente aplaudió, incluso los que estaban en el velorio se levantaron para ir por su rebanada. Rubén y Carmelita, escondidos tras la carpa, se besaban apasionadamente y acariciaban sus cuerpos. Fue cuando Carmelita encontró el sombrero y, sin fijarse en su contenido, lo puso en la cabeza de Rubén.

—Con este sombrero te pareces a Roberto Gonzalo y me dan más ganas de besarte.

Rubén sintió la cabeza mojada, pero no le dio importancia, siempre que la veía se mojaba. Besó a su amada hasta que se fue al cabaret a trabajar. Luego, volvió a la fiesta. Los invitados jugaban a la víbora de la mar y Julieta recogía la basura de las mesas. Todos reían a carcajadas. El licor de la boda, o el del velorio, pegó fuerte. Julieta miró a su esposo y, con discreción, se acercó a él con un puño de servilletas para limpiarle la pintura roja y barata que tenía resregada en el cuello y en la cara. Luego, con sobresalto, se percató del sombrero que llevaba puesto y, sin pensarlo, lo levantó de su cabeza. Por la frente de Rubén, por sus patillas, por sus orejas, por sus mejillas, por su bigote canoso, por todos lados, escurrían los sesos de Roberto Gonzalo.

—Ay, Rubén, pero qué pendejo eres. A ver si así te crece tantito el cerebro. Pero na, yo creo que ni eso. 📍

Una fiesta misteriosa

Diego Montoya

De lo que no se puede hablar, hay que callar.
Ludwig Wittgenstein

Un aura misteriosa gobierna la fiesta. Si llamas por teléfono para pedir informes, nadie te dirá nada hasta que ellos se cercioren de que sabes el nombre y vocación del lugar al que marcas. La búsqueda de discreción llega a tal punto que, si mandas un mensaje por WhatsApp desde su página, el bot lo redacta como si se tratara de la reservación para una fiesta de cumpleaños. “Hola, estoy interesado en ir a la fiesta de Erik” dice el mensaje automático para sugerir que se envía a un salón de fiestas cualquiera, uno que no levantaría sospechas ni críticas. Como mostró Kubrick en *Ojos bien cerrados* (con sus proporciones guardadas), en este tipo de celebraciones hay silencios que son obligados, elipsis que permiten volver a la normalidad al día siguiente.

Pero los espacios conservan una gramática, un sistema de interacciones y símbolos que se prestan a ser desentrañados. Del club, destaca su ambientación afelpada, una recepción en penumbra, una recepcionista joven que te da la bienvenida al lugar. Todo colabora para gozar de cierta comodidad, para la recuperación efímera de una sexualidad más expansiva, para alcanzar un breve retorno a los rituales de la poligamia que fueron frecuentes en otras épocas, antes de la ascética condena (platónica y cristiana) del cuerpo.

Geografía del club

En la recepción nos informaron sobre la geografía elemental del club: la zona común y el *playroom*. La primera no es distinta a un bar cualquiera. No hay nada que haga sospechar las actividades que prelude. Al centro, una pista de baile y un discreto DJ que toca piezas conocidas sin distraer demasiado, sin levantar ningún furor especial. Se trata más de un lugar de calma y acaso de socialización, un atrio que prepara a los asistentes

a las actividades más íntimas del *playroom*. En la zona común, las parejas se observan, están pendientes de los nuevos, a veces se verá a alguno cruzar las mesas para acercarse a una pareja, intercambiar números, saludos. Se ve también a las parejas platicando, mirando atentamente alrededor, en una tensa calma por saber lo que ocurrirá más tarde.

Al fondo de la zona común está el otro espacio, el *playroom*. Se encuentra protegido por una pesada puerta que nos da la idea de un espacio hermético. Al girarla, entramos al epicentro de la noche. Delicadas cadenas caen del techo, amplias colchonetas generan un zigzagante laberinto alrededor de éstas. Acompasa ese camino alfombrado y de aromas frutales el ir y venir de escenas explícitas en pantallas que podrían animar a algunos asistentes. Al fondo, un suave habitáculo adecuado para la fragilidad del cuerpo. Iluminado con luces led rojizas que sugieren una mayor privacidad, pero también —las argollas y otros aditamentos de *soft bondage*— una oportunidad de exhibir el talento performático de los asistentes en prácticas menos convencionales.

Aunque el neófito tenga la impresión de una radical libertad en el club, lo cierto es que un entramado riguroso gobierna todo encuentro. Sólo en la zona común es posible beber, sólo en el *playroom* está permitida la desnudez, y en ambas zonas (vigiladas permanentemente) no se permiten fotografías ni videos. Incluso en el *playroom* una chica —indiferente al exhibicionismo de los demás— entra cada tanto para cerciorarse de que no haya bebidas o sustancias ilícitas y, quizá más importante que eso, de que todo encuentro sea consensuado, que el espacio esté libre de cualquier tipo de violencia. Se intenta entonces que todo se lleve a cabo a partir de la elemental regla del *ambiente* y el sentido común: “no es no”. Como queda indicado en su página de internet, quien quebrante este principio fundamental se expone, cuando menos, a ser expulsado definitivamente del club.

Los pioneros, las chicas y Hokusai

Al filo de la madrugada, cuando la noche parecía reducirse sólo a la promesa de una sexualidad ampliada, una pareja se dirigió decididamente al *playroom*. Minutos más tarde, los encontraríamos juntos y mirando intermitentemente a los espectadores que se fueron sumando. Uno de éstos se abrió paso entre la pequeña multitud y con palabras y movimientos que encontré delicados, logró el consentimiento breve pero decidido de la chica. Así, la pareja logró ampliarse. Eran los pioneros de la fiesta, quienes fundaron la noche de las *correspondencias* entre los cuerpos.

Más tarde, dos chicas que parecían cumplir a cabalidad el “sofisticado” *dresscode* del club —que recomienda “vestidos, conjuntos o atuendos que resalten su belleza y confianza, siempre acordes con el espíritu sofisticado del club”— entraron confiadas en sus esmerados conjuntos. Cruzaron el *playroom* y el vaivén de su cabello ondulado, y sus siluetas perfumadas y sinuosas provocaron que muchas parejas permanecieran atentas cuando las dos se entretuvieron, bañadas con la luz rojiza del calabozo, en intercambiar breves caricias y besos. Aunque parecía una puesta en escena planeada para exhibirse o incluso para que sus acompañantes hombres —eclipsados por ellas— mostraran a los demás asistentes (por si sus zapatos Louis Vuitton no eran suficientes) el capital económico que poseían, las caricias y besos se tornaron en algo más real unos minutos más tarde.

Alrededor de ellas, de sus intercambios cada vez más significativos, se fue configurando una escena cada vez más compleja e incomprensible. Era un ir y venir de cuerpos, de brazos y dedos que, en su punto de mayor intensidad, no hizo sino recordarme el famoso grabado de Hokusai titulado *El sueño de la esposa del pescador* (1814). Se trata de una imagen que tiene distintas reelaboraciones, es una *imagen-síntoma* (en los términos de la investigación iconográfica) y aparece en el hentai, pero también en películas recientes como *La región salvaje* (2016) de Amat Escalante. En el grabado en cuestión, dos pulpos sujetan con vehemencia el cuerpo de una mujer que entrecierra lo ojos y se abandona a los tentáculos que parecen más fuertes que su mermada resistencia.

Hokusai parece hablarnos de un erotismo expansivo e incontrolable que no es lejano a lo que ocurre en las orgías donde el dos de la pareja fundacional permite una adición lenta pero sostenida de miembros que van creando un ser distinto. Así, lo dual se convierte en un organismo vivo de múltiples extremidades que recuerda la vivacidad de un molusco. Detrás de las rejas de la mazmorra, bañados todos con luz rojiza, alrededor de los besos de las dos chicas, se iba articulado un nuevo ser cuyas extremidades —tentáculos sin un inicio claro— se movían en diversas direcciones. Un ser de corta vida en el que acaso entreví la objetivación corporal de la frase de Rimbaud: “yo es un otro”.

Al salir del club, muy de madrugada, uno no puede dejar de estar sorprendido por la supervivencia de lo antiguo en lo moderno. Recuerda entonces que lo transgresor o disidente muchas veces no es sino actualización de cosas que fueron olvidadas o convenientemente ocultadas. Como sucede con los tatuajes o con el arte contemporáneo, todo aquello

que podríamos considerar reciente o rupturista, abraza en su seno a lo antiguo. En este caso, las prácticas *swinger* parecen sobrevivir sus inicios místicos y rituales para revitalizar la vida urbana, para dar un remanso corporal que la ciudad y la vida laboral niegan.

Toda transgresión es una recuperación. Los asistentes parecen buscar aquello que se perdió en algún momento en la historia, y vuelven a la experiencia tumultuaria como si ésta se tratara de una constante que nos define más allá de las contingencias de la historia: premodernos, modernos, posmodernos. Quizá no seamos mucho más que cuerpos.

No obstante el fondo común, hay transformaciones en estas prácticas. Por ejemplo, hoy se prescinde de la búsqueda de unión divina (como en la orgía premoderna) y lo que encontramos son más experiencias de *trascendencia corporal*, experiencias de *trascendencia sin trascendencia* (Ernst Bloch) sin visos de salvación religiosa que no sea el reencuentro del *Homo Eroticus* (Maffesoli) que retorna a su edén perdido.

Como quien se involucra en un rito, quien visita estas fiestas sabe que algo en sus preconcepciones sobre el cuerpo, sobre sus posibilidades, sobre sus prejuicios, se ha transformado. Con seguridad, como en todo rito iniciático y místico, los asistentes preferirán olvidar o mantener en silencio lo vivido hasta que la noche y el deseo los convoquen de nuevo. 



▲ Hokusai, *El sueño de la esposa del pescador*, 1814. The Trustees of the British Museum. CC BY-NC-SA 4.0



Toilette

Mariana Villalobos

Ilustraciones por Kaori Hayama

Una fiesta (de las buenas) en alguna casa de Coyoacán, en Ciudad de México. Luces azules y rosas, es el último día de octubre del dos mil doce. El reloj de un celular da cuarto para las diez.

Patricio: ¿Vas a pasar?

María: Sí, estoy formada.

Patricio: Ok, sólo para saber.

María: *Qué tonto. Guapo tonto.*

Patricio: Oye, perdón, me da muchísima pena, pero es que me estoy haciendo, ¿crees que pueda pasar primero?

María: Es que a mí igual ya me anda un buen.

Patricio: Sí, está bien, no te preocupes, perdón.

María: *Pobre, seguro sí le va a ganar, sino no me hubiera dicho.* Del uno al diez ¿cuánto te anda?

Patricio: DOCE.

María: Está bien, a mí me anda nueve, pásale.

Patricio: No, no, cómo crees, ya me aguanto, no pasa nada.

María: Ya salieron, vas.

Patricio: Muchas gracias, de verdad me estás...

María: ¡YA ENTRA!

Patricio: Sí, perdón.

María: Córrele.

Patricio: Listo, pasa, pasa.

María: Gracias. *Prueba de fuego, que no huela a pedo por favor.*

Patricio: Oye, ¿me puedes avisar antes de que acabes?

María: ¿Qué?

Patricio: Es que para salirme rápido no me lavé las manos.

María: Ajá...

Patricio: O sea que ahorita que tú te las laves me dejas pasar.

María: Ya entra.

Patricio: Mil gracias.

María: Sí, no hay por qué. *¿Eso que tiene ahí es un lunar? Es de los grandes.*



Patricio: Oye, ¿quieres una chela?

Patricio: Ah, sí, sí, much...

Patricio: Ah, qué chido, vamos por...

Patricio: Pero no impo...

María: ¡QUE SÍ QUIERO LA CHELA!

Patricio: Súper, vente...

María: *Un clásico, enamorarse en la fila del baño. Bueno, la verdad es que a mí nunca me había pasado... Qué asco. El baño que huele a mezcal, pipí, vómito, menta y mora azul. Perdí la costumbre de conocer a "alguien" en las fiestas. ¿Y éste qué? ¿Por qué lo dejé pasar al baño antes? ¿Por qué le dije que sí quería una chela? Creo que estoy coqueteando. Mierda. No, no, y él también sabe que le estoy coqueteando.*

Patricio: ¿Lagger está bien?

María: Sí, perfecta.

Patricio: Gracias por el baño. No entiendo cómo es una fiesta tan grande y sólo hay uno. Es antihigiénico.

María: Arriba hay otro, pero sólo pasan los VIP.

Patricio: ¿Cómo sabes?

María: La hermana de Gina es mi amiga.

Patricio: ¿Quién es Gina?

María: Pues la del cumpleaños.

Patricio: ¡Ah! Ahora todo tiene sentido. Es que yo la verdad soy más o menos un colado aquí.

María: No parece...

Hablan, se gustan, tontean, una cara inevitable de idiotas.

Patricio: Por eso no me disfrazo, como que desde ahí me quedé traumatado.

María: No era para tanto. A mí la verdad me encanta el Halloween.

Patricio: ¿Quieres otra cerveza?

María: No, yo creo que no, ya me tomé tres.

Patricio: ¿Ya te tienes que ir?

María: No. No es eso, es que si tomo mucho me enfiesto y me subo a las mesas.

Patricio: ¡Yo me subo contigo! *Maldita sea, si me gusta. Estoy en la zona de riesgo. Lo sé porque estuve a punto de contarle mi top tres de mal copeo como conversación casual. No, no, ese material clasificado no verá la luz. Aquí vienen, el regreso de las fantasías sobre hacerle el desayuno a alguien. Qué estupidez. ¿En qué momento ya tengo otra cerveza en la mano? No, no, tengo que detener esto... ¿Y POR QUÉ NO VINO TU NOVIO?*



María: ¿Qué novio?

Patricio: Pues tu novio.

María: *Claro, ya se había tardado en ser un tremendo idiota. Pues no sé, ¿por qué no vino el tuyo?*

Patricio: ¿Mi novio?

María: Ajá.

Patricio: No mames, yo no tengo novio.

María: Ah, pues yo tampoco.

Patricio: Ah, pues qué bueno.

María: Pues sí, qué gusto.

Patricio: *Maldita sea. Todo esto del baño, sabía que no era buena idea. Bien me hubiera podido salir a buscar un árbol. Deja de rascarte la nuca. Esto va mal. No, a ver; estoy yendo demasiado lejos, ella es una buena compañía y platica cosas interesantes. Hace pausas para escuchar mis historias y hasta se espera unos segundos extra para corroborar que ya terminé. Tiene bonitos dientes y me dejó pasar al baño.*

María: Oye pues ya me voy.

Patricio: No, espérate.

María: Ya es tarde.

Patricio: Yo te llevo a tu casa.

María: Traigo coche.

Patricio: Entonces tú me llevas a la mía.

María: ¿Cómo?

Patricio: Da igual, mañana vemos.

María: ¿Mañana?

Patricio: Al rato, me refiero a que ya es la madrugada, ya es mañana.

María: Pues no realmente, apenas son las dos y/

Patricio: Me gustas un montón.

Pausa.

María: *Un encuentro. Alguien que se te aparece una noche, por varias horas y con ese tiempo, aunque haya sido muy poco, es suficiente para sentir que se conocen. Para hacerle un huequito en tu cuerpo a la posibilidad de volver a querer desmedidamente. Que sepas que es imposible, que difícilmente se volverán a ver, pero ese pequeño porcentaje que queda suelto de que se encuentren, es lo que te hace aferrarte a la ilusión. Tener a alguien que, de sólo acordarte de sus manos, te devuelva el ánimo y te den ganas de cocinar postres otra vez. ¡Quiero bailar!*

Patricio: ¿Entonces te quedas?

María: Un rato.



Patricio: Qué buena noticia.

María: ¿Vamos?

Patricio: ¿No quieres platicar, mejor? La verdad no bailo bien.

María: No tienes que hacerlo bien. Tienes que hacerlo y ya está.

María y Patricio bailan, con esa torpeza y ternura que sólo se puede tener cuando el amor se aparece de manera tan intempestiva, tan sin querer. Un grupillo de desconocidos les miran a lo lejos, toman el micrófono del karaoke de la fiesta y narran.

Desconocidx 1: Esa noche entera la pasarán juntos.

Desconocidx 2: A las ocho y media de la mañana, después de un último beso largo, cada quién tomará su coche y se irá.

Desconocidx 3: No van a volverse a ver.

Desconocidx 4: Se pasarán sus teléfonos, pero ninguno se va a animar a escribir.

Desconocidx 5: ¿Por qué? Ustedes respóndanme, yo sigo sin entenderlo.

Desconocidx 6: Supongo que el encuentro fue tan potente, que les asustó enamorarse hasta la médula y mejor no meterse en ese lío.

Desconocidx 7: O quizá no fue trascendental, sólo estaban extasiados, con la temperatura corporal muy subida por la gracia del alcohol, y en esos estados, siempre dan ganas de enamorarse.

Desconocidx 8: Nadie tiene la respuesta correcta. Nunca podremos saber lo que le pasa a ese otro cuerpo por dentro.

Desconocidx 9: Cinco años después, se reconocerán vagamente en un cruce de Insurgentes Sur. Apenas les dará tiempo de media sonrisa y cada quien a su camino apresurado. 📍



Cuerpo y culpa

Emmanuel Erenas

Ilustraciones por Kaori Hayama



*I just need to let it out
And dance till my body's free.*
"Desire", Tove Lo & SG Lewis

Las luces se paseaban por el techo del antro mientras la música hacía retumbar las paredes al ritmo de Bellakath cantándole a su vaquero. Bailamos como si todos nos estuvieran viendo. Estábamos conscientes de mucho, pero a la vez de nada. Cargábamos con culpa que a ratos se colaba por nuestro sudor. Encontramos en el mezanine de La Consentida un espacio donde bailar lo que estuvo paralizado por más de treinta noches.

Quevedo cantó y los tres coreamos: "Quédate que las noches sin ti duelen". Es octubre. Es nuestra última noche fuera de Culiacán, fuera del confinamiento (aún no sé si ordenado, implícito, obligado) para salvaguardarnos de la narcoguerra que se desataba en las calles, esas que alguna vez nos pertenecieron o eso llegamos a creer. Las noches con miedo duelen.

No suelo salir a fiestas, así que aún me extraña un poco haber aceptado tan seguro la invitación de Karen para ir al antro en nuestra última noche en Los Mochis. Era un viaje de trabajo, pero desde antes de partir, la idea de salir de Culiacán, aunque fuera cinco días, se sentía como un descanso, como la breve huida perfecta. El sol en el norte del estado descongeló mi cuerpo al andar por las calles mochitenses. Mis pasos dejaron de lado la prisa. Desactivé el estado de alerta cada que entraba en acción con la caída de la tarde. La vida era tan distinta a tan sólo tres horas de distancia. En cinco días necesitaba que mi cuerpo recuperara la calma, pero también el movimiento. Necesitaba equilibrarlo. Por eso dije que sí.

Éramos tres: Carolina, Karen y yo. El resto del equipo de trabajo tenía sueño o estaba cansado por la jornada, yo también, pero me repetía mentalmente, ya en el asiento trasero del Didi, que no sabía cuándo volvería a tener esta oportunidad. La cabeza es parte del cuerpo, pero todos hemos sentido alguna vez su enajenación con el resto de nosotros.

Quiero pensar en esa noche como un caso inverso, el cuerpo se separa y la conciencia sigue el mismo llamado. Dije que sí, no me puedo regresar al hotel, no me quiero regresar.

Llegamos a un primer destino, una cantina-bar que estaba cerrada. Amablemente, el chofer nos recomendó otro lugar, pero nos indicó que estaba más lejos. No recuerdo el nombre de ninguna de las dos. Teníamos un plan inicial: La Consentida, pero el precio nos motivó a buscar otras opciones. “No me puedo ir de aquí sin una fiesta” dijo Karen después de retomar el destino original. En esta historia, no sólo fue un cuerpo necesitado. Fuimos tres.

Entramos. La música hacía temblar el pasamanos de la escalera. Nos ubicamos en una pequeña mesa de madera en el mezanine del antro cuando aún no estaba tan lleno, debían ser las 11. Pedimos una cubeta. Tomamos. Nos empezamos a mover queriendo seguir el ritmo. Regresé a mi cabeza. No he bailado en fiestas que no son de mis amistades o en reuniones familiares. Me vuelvo muy consciente del torpe balanceo de mi cuerpo, el mismo un-dos un-dos que tenemos en común todos en una pista de baile. ¿Qué pasa si le dejamos de tener miedo al cuerpo? ¿Qué se pierde cuando nos soltamos enteramente a un control que está dentro de nosotros, pero que tampoco somos? Después de tres cervezas y dos

30



◀ Monos

Fiesta

shots de mezcal, que no supe tomar sin dejarme los labios escarchados, lo averigüé.

Pasaron los tragos, Shakira, los *shots* salados, Daddy Yankee, y el antro empezó a lucir como un viernes por la noche manda. Hacía mucho calor, pero nosotros éramos los únicos sudando. Llego un punto después de estar quieto tanto tiempo en que eres dominado por el cuerpo, después de la parálisis del miedo llega el momento en que saboreamos el espacio con todo lo que somos, lo contaminamos. Poco a poco nos vemos bailar, nos acompañamos, nos bailamos para acompañarnos. Los bailes dejan de pertenecerle al mundo para ahora ser nuestros. Movemos las manos y los brazos haciendo magia. La cabeza se sacude de un lado a otro para que perdamos el recuerdo del confinamiento. Las caderas suben y bajan siguiendo y abandonando el ritmo de la música. Entregarte a la música es diferente que entregarte al cuerpo.

Bailamos cada vez con más soltura porque no importa que nos vean. He escuchado antes el “baila como si nadie te estuviera viendo”, pero aquí todos lo hacen. Fijan sus miradas en tres personas haciendo el ridículo, cuando ellos mismos se entregan con la mirada perdida y la cabeza gacha al movimiento sin disfrute, mecánico y oxidado. Nosotros nos abrazamos, brincamos, nos señalamos para dedicarnos canciones, nos caemos, casi tiramos una mesa. Todo a la vista de todos. Sus miradas y juicios también eran parte de nuestra soltura, nos daban el motivo necesario para entregarnos todavía más a nuestro ritual nocturno y psicodélico. Nadie nos conoce, somos de Culiacán.

¿Qué pasa? Estoy bailando con mis amigas, lejos de casa y de la violencia que azota las calles de mi ciudad. Eso pasa, estoy lejos. Vivo una libertad que el resto de culiacanenses no. Es una

realidad que me cae como un balde de agua fría en este mar de cuerpos sudados y luces blancas. Detengo un poco mi euforia y lo pienso. Culpa. Se inyectó en mi cuerpo y va haciendo efecto. Es la primera vez que bailo con ella dentro de mí. Movimientos que se suponen sueltos empiezan a querer ser dominados por imágenes de gente encerrada en sus casas, carros con gente armada deambulando por las calles de Culiacán, por el miedo de la gente que está a tres horas de mí.

El cuerpo me reclama y pelea por recuperarme. Contra la culpa, el cansancio y el sueño. Raspo mi garganta gritando en la hora del karaoke, golpeo mi espalda con los brazos de desconocidos, el sudor empaña mis lentes. Hay culpa, pero me debo este frenesí. ¿Cómo saldo en cuatro horas una deuda de treinta y nueve días? Me entrego todavía más porque el día de mañana regresamos al encierro, al estado de alerta. Hoy tengo a mis amigas y un pedazo de piso para sacarme de mí mismo.

Salimos a las tres de la mañana y decidimos caminar para llegar al hotel. Son cuatro largas cuerdas, pero disfrutamos cada parte del camino. Nos reímos de nosotros mismos, soltamos quejas a la música del DJ, reclamamos la poca asistencia de gente guapa, nos burlamos de los criticones. Carolina dice: “¿Se imaginan caminar en Culiacán a esta hora? N’ombre, imposible”. La calle está en un silencio que no se escucha igual que el que hemos vivido por más de un mes. Es un callar libre y dispuesto a ser interrumpido con risas y canciones. La fiesta no empezó y terminó en La Consentida, está en la calle de las 3 de la mañana, en el Didi que te sugiere a dónde ir, en la cena que compartimos antes de irnos, en la posibilidad de salir. La fiesta siempre será la posibilidad. 📍

31

Punto de partida

Emmanuel Erenas (Culiacán, 2001). Licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas por la UAS. Forma parte del Diplomado de Escritura Creativa y Crítica Literaria de la UNAM. @starrybookz

Fragmentos noctámbulos

Carlos Sánchez Ramírez “Emir”

*A mis amigos que son familia y a mi
familia que son amigos.*

*La noche es bella, está desnuda,
no tiene límites ni rejas.*

José Hierro

Es hora de volver a casa. Pero tú ya no eres tú
ni tu casa está donde tu casa estaba. No te preocupes:
todo camino lleva a Roma (y a Indios Verdes
y a Dr. Gálvez y al Caminero). La ebriedad
es Dios llevándote por el camino que te toca
y no por el camino que tú quieres. No negaré
sus ríspidos males: bestias al desnudo
brutas y lacrimosas. Tampoco negaré: *un hombre
que le sirve un trago a otro es un santo, siempre.*
*Aunque perseguidos por el gris y sus monótonas criaturas,
amigas, amigos, sigamos pisando la sola uva del mundo.*

*

Podríamos odiarnos, pero (entre luces palpitantes, vientos
morbosos y el súbito “que a besos yo te levante al rayar el día”)
fuegos furiosos ya cobran otro sentido.
Ahora cualquier cursilería quisiera hacerse presente.
Solo diré: los amantes al bailar, entre vuelta y vuelta,
crean con sus pies una escritura indescifrable
para los demás, esos que miran el júbilo ajeno
en sus vasos de aguardiente oscuro y melancólico.
No te preocupes, amor, que tu amor mire nuestro amor:
al acabarse la música toda grafía será borrada.
No habrá arqueólogo que dé cuenta de nuestros amores.
El fin de una canción pudo más que el fuego de Pompeya.

*

En momentos inoportunos de la más regocijante fiesta,
a uno le da por hablar con un amigo muerto
como un joven moribundo le habla a su novia moribunda:
ya no envejeceremos juntos,
ya a la mesa le sobrarán cubiertos y servilletas.
Vivir de la nostalgia es morir de nostalgia.
Sin embargo, uno se aferra (no quiero hablar en símbolos)
a la abstracción de los recuerdos como si abstractos
no fueran; como si fueran huesos que uno pudiera
colocarlos, con orgullo, en una estantería de la sala
u ocultarlos, con vergüenza o pesar, en la alacena.
Cosas como esas pienso ahora que trato de recordar
con quién bailé anoche mi último baile.

N. del A.: se tomaron versos y frases de Julián Herbert, Rubén Bonifaz Nuño y Claudio Rodríguez;
también hay una alusión a un poema de Federico García Lorca.

Carlos Sánchez Ramírez “Emir” (Ciudad de México, 1998). Autor de *Tan de pronto mañana* (2021) y *Una canción pavimentada* (2023). Mereció el segundo premio del 51° Concurso Punto de Partida en Poesía.

Cerros orientales

Juliana Sánchez-Castellanos

No supe nada sobre autoestima y alimentación complementaria cuando a Eli le empecé a dar jugo de granadilla, luego le di compotas de verduras y así poco a poco: todo blandito; hasta que mi mamá en un asado del barrio le puso en la mano un pedazo de churrasco para que chupara. ¿Qué carajos tendrá que ver la comida con la autoestima? Si hay se come, si no hay, se aguanta. Cuánto tiempo para pensar y qué poco oficio tienen estas señoras... ya está la profesora diciendo que le ponga a la niña, a su altura, una canasta con frutas y *snacks* —sí, dijo *snacks*— para que ella escoja qué quiere comer, que sea parte de su decisión. La cantidad de guevonadas que hay que oír. Ya le había dicho yo a Mario que lo mejor era que la niña estuviera en las mañanas con las madres comunitarias, que por más bien que le esté yendo en el trabajo no viene al caso venirnos acá, a La Macarena, a fingir ser quienes no somos, a que nos miren raro, a hacerle el juego a esta gente que se crece como el pan, que se expande como el hongo en la fruta.

A reuniones como ésta nos toca venir cada tanto, este mes fueron dos, la de crecimiento y desarrollo, y ésta de autoestima y alimentación complementaria. A veces venimos con el Mario, la mayoría de las veces vengo yo sola. El jardín infantil es nuevo, como nuevo es el *mini market gourmet* que pusieron en frente de la plaza de mercado y nueva la librería-café-galería

“Atelier” en la esquina de la carrera quinta. Todo nuevo. Ellos se sienten conquistando terrenos baldíos. Acá estábamos nosotros, pegaditos a ustedes, La Perseverancia, el primer barrio obrero de Bogotá, el primerísimo barrio encaramado en los cerros orientales arriba del Centro Internacional. Ciento once años cumplió el barrio en marzo, ¡ciento once! Cien años tranquilos. Ellos allá, nosotros acá. Mi mamá dice que fue la plaza de mercado, que la alcaldía resolvió joder con lo de la higiene y ponerle uniformes a cada vendedor, y ahí empezó a irse todo al carajo. La Mona, mi mamá, la del puesto de frutas... Tengo hambre. Nunca ofrecen ni un tinto en estas reuniones.

—... Bueno papitos y mamitas, antes de que nos vayamos a las casitas les queríamos comentar que el próximo sábado 14 de octubre celebraremos el primer Día de la Comunidad. Junto con el grupo de vecinos de La Macarena queremos celebrar la hermosa familia que hemos conformado alrededor de nuestro jardín infantil, y para ello invitaremos a los restaurantes, cafés y tiendas *gourmet* del barrio para que expongan sus productos, tengamos un compartir como vecinos y de paso apoyemos a los emprendimientos de la zona. La idea es tener mercado orgánico, feria de comidas con opciones veganas, venta de libros a la calle y música en vivo.



▲ Juliana Sánchez-Castellanos

La mamá de Agustín aplaude apenas acaba la profesora su anuncio. Todos los demás se le unen o aprueban desde sus lugares, dichosos. Yo en cambio siento una calentura palpitante en la cara y se me pone a mil el corazón. Qué cinismo, van a celebrar dizque el Día de la Comunidad, como si antes de ellos no hubiese habido una comunidad en la zona, como si nosotros, en la Perse, no fuésemos ya todo un tejido de generaciones sosteniendo estos cerros orientales. Y deja La Perse, como si acá en La Macarena, antes de todos ellos, hombres y mujeres que no pasan los cuarenta, no hubiera vivido nadie. ¡Recién llegados! Fachos, diría el Alex, fachos.

Siento que se me empieza a subir el labio y a fruncir el ceño y me dejo ir por la ventana del jardín que da a la calle. Detrás del letrero que dice “Taller de padres” veo el sol de las 4 de la tarde, las mirlas, la gente paseando perros, doña Blanca con las papayas que trae de la plaza y que vende desde el andén. Doña Blanca... qué injusticia con doña Blanca: ya no pudo pagar más el alquiler del puesto en la plaza y ahora en su lugar venden una vaina llamada paella.

Ha de notarse mi piedra porque de repente todos los demás papás, incluso la mamá de Alicia que jamás deja de hablar, se callan. Se dan cuenta una vez más de que soy otra, lo siento en el aire. En las miradas cada vez más expectantes. Recuerdo que en ese nosotros y en esa idea de comunidad, ni Eli, ni Mario, ni yo, ni ninguno de los de la Perseverancia, cabremos jamás.

—Queremos contar con todos ustedes, Melissa, tú que eres tan cercana a la plaza de La Perseverancia podrías hablar con tu gente para que nos donen frutas, verduras y alimentos orgánicos para el evento. Sería maravilloso.

Quiero responderle que no, que regalado para ellos ni una papa criolla. Pero no, me aclaro la garganta y les digo a todos que por supuesto, que será un gusto. Por dentro quiero romperlo todo. Siento cómo se me tuerce la mitad de la cara. Maldita parálisis de juventud que me deja esta mueca tan evidente, tan delatora.

—Cuenten con eso, ahora que volvamos a *nuestras casitas* lo comento con *mi gente*.

Nadie se ríe. A veces me da por hacer chistes malos para compensar la ira. Veo al papá y a la mamá de Tomasito y los recuerdo a los tres disfrazados de campesinos —sí, disfrazados de campesinos— el día de las brujas y de repente tengo una epifanía. Los convenceré de que la cooperativa de la plaza de mercado de La Perseverancia donará generosamente todos los ingredientes e insumos para la kermés, pero en cambio me voy a asegurar de que no les llegue ni un mango, ni un tomate, ni un grano de arroz. A ver cómo les va.

Es martes, y los martes llevo los residuos del puesto de mi mamá a la huerta comunitaria que el Alex, cuando volvió del monte, organizó en el patio de la casa de don Luis. Vainas de arveja, cáscaras de zanahoria, cáscaras de mazorca, fruta podrida. Espero frente al portón mientras veo a los pelaos bajarse en carritos de balineras por toda la calle 31, tan contentos. Abajo se ve el parque con la estatua de Jorge Eliécer Gaitán, puño en alto. Con el Alex decíamos que si teníamos hijos ellos se iban a aprender esa frase antes que el padre nuestro. Todos nos la sabemos de memoria: “Los habitantes del barrio y su junta comunal en homenaje a Jorge Eliécer Gaitán: gente capaz, gente de angustia,

gente tenaz, gente que siente con el alma, gente de Perseverancia”. Luego el Alex se fue con los muchachos, y a mí de la preocupación se me torció la cara. Escucho cómo corre el cerrojo y me apresuro a acomodar la carretilla sobre el andén.

Hablamos un rato, le cuento que además de mi mamá, Jazmín la de los lácteos y Carlos el de la otra verdulería están montados en el plan. Tienen la diez puesta. Se ríe, me río. Nos despedimos. Camino un par de cuadras pensando en lo mucho que lo quiero y cuando ya empiezo a llegar a la frontera, donde está mi casa, veo que viene la mamá de Alicia por el andén de enfrente, aprieta el paso y me aborda acelerada.

—Hola, es que quedaron de dejar en mi portería una parte las verduras para el sábado, otra parte iba donde Claudia, la mamá de Tomás. No las han dejado.

—Ah, sí, averiguo. ¿Segura de que no han llegado?

—Segura.

La conversación, carretilla vacía en medio, es más que incómoda.

—Bueno, voy a preguntar y les cuento en el chat de mamás. Discúlpame, tengo que dejar esto en la plaza e ir a hacer el almuerzo para Eli. Nos vemos.

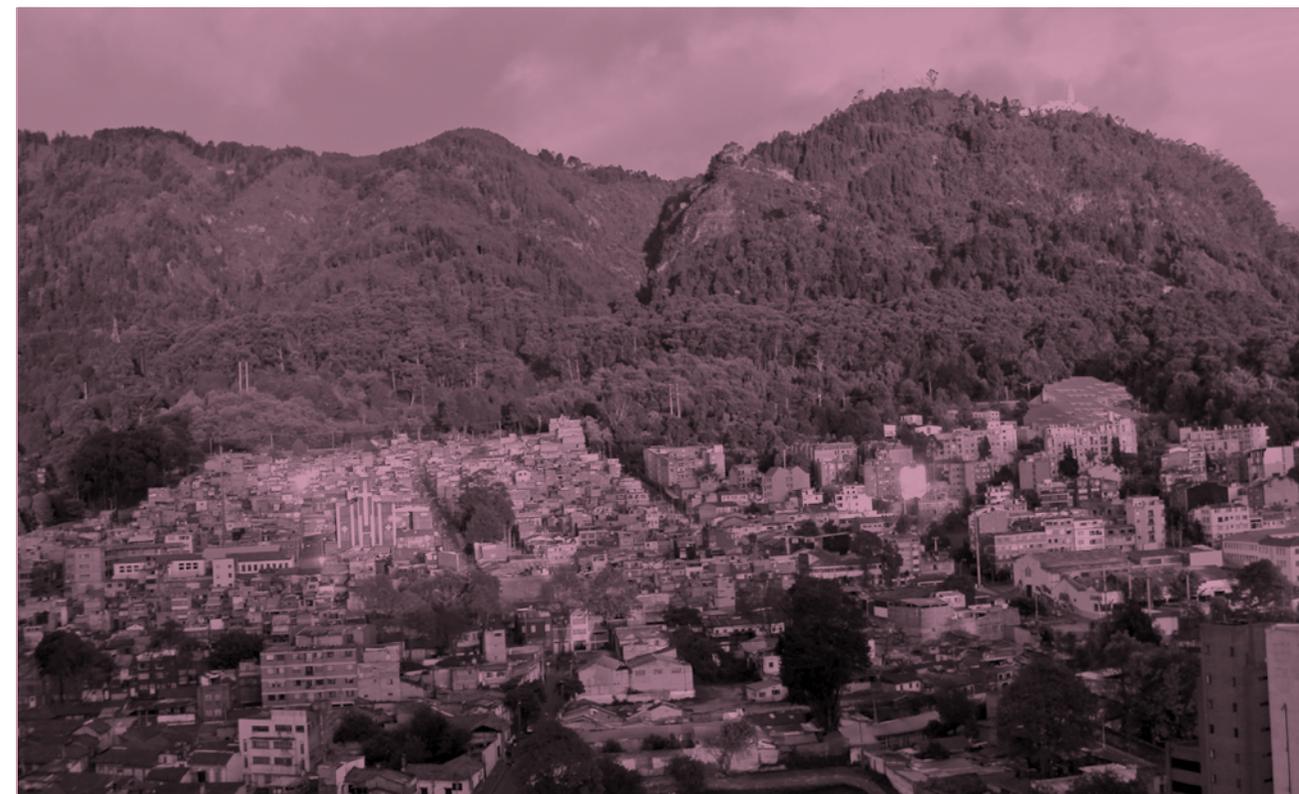
—Sigo otra cuadra más y en la esquina de mi casa veo a otras dos mamás hablando, me ven y ambas alzan las manos saludando forzosamente. Se apartan de su lugar y empiezan a acercarse, una de ellas me grita algo relacionado con que hay que organizar la entrega de las flores para decorar los puestos de comida y que si puedo hacer no sé qué. Cierro la puerta justo antes de que se note que la oí y miro mi celular. Setenta y cinco mensajes en el chat de mamás. Dos días apenas desde que les aseguré que nosotros les donaríamos la comida, dos días nomás y el nervio los pone locos. Me siento

La Pola, Violeta Parra, Tanja la guerrillera, tan orgulloso que se debe sentir el Alex de todo esto. “Queridos mamás y papás, les confirmo que todo está en marcha, que el camión del abasto llega los jueves y que el viernes les llevaremos la comida a las casas. Todo donado por la cooperativa”. Toco con el dedo el avioncito de enviar y me guardo el celular en el bolsillo del pantalón. 12 del día. Apenas el tiempo para hacer el almuerzo y recoger a la niña.

—¿Se acuerda mamá de ese Festival de la chicha cuando yo tenía como trece años y me emborraché con los hijos de doña Judith? —le pregunto a mi mamá mientras desgranamos arvejas sentadas frente a la caja registradora.

—Claro que me acuerdo hija, si me tocó ir a traerla a la casa antes de que su papá se diera cuenta —me responde, y yo le explico que el tal Día de la Comunidad es algo como el Festival de la chicha, pero en el que nadie aporta nada, nada es compartido y todo vale plata. Le digo que es mañana. Que me acompañe. Que voy a ir a verles las caras cuando la comida siga sin llegar. Que hay que ver qué pasa. Qué hacen. Le cuento que desde ayer dejé de llevar a Eli al jardín, le dije a las profesoras que está resfriada. No me creyeron, la directora se ofreció a mandar a alguna profesora para que haga *bomeschool* ayer y hoy viernes. No sólo propuso eso, sino que preguntó por nosotras por el barrio, en la tienda de Fanny, que si han visto a la niña de Melissa, que si está muy enferma; luego

▼ Peter Angritt, *La Perseverancia*, 2015. CC BY-SA 4.0



El día mundial del vampiro chilango

Jimena Cherry

se fue de restaurante en restaurante, de café en café, comprobando que ya compraron sus insu-
mos en la plaza. Hoy me escribió preguntando
por qué razón aún no han llegado las donacio-
nes si ya trajo el camión el surtido. Le dije que
no había podido coordinar nada porque Eli
había estado con fiebre.

—Por eso es que vino por acá en la mañana
con tres papás del jardín a recoger la verdura
y la fruta —me interrumpo mi mamá—. Les
dije que mañana temprano, sin falta, tenían la
comida. Dijo que bueno, que no tienen presu-
puesto para pagar en otro lado y que agradecen
nuestra solidaridad. Le van a echar a la niña de
ese jardín Melissa, acuérdate de mí.

Eli se acerca por detrás nuestro y se abraza
a mi pierna. Le llueven pedacitos de vainas de
arveja en el pelo y me mira desde abajo son-
riente. Le sacudo con la mano la cabecita y la
siento en mi regazo.

38

Elizabeth se está quedando dormida con la ca-
beza en mi muslo y las piernitas extendidas a lo
largo de la banca. Mi mamá no quiso venir y a
Mario ni le propuse, para qué, si es tan gallina y
lameculos el Mario. Alex está en la plaza, por si
les da por ir a reclamar. Yo espero. Desde donde
estoy se ven los músicos arrastrando canción
tras canción sin público que los anime. El sol se
oculta en el occidente de la ciudad, allá donde
sólo se ven cajas de concreto y ladrillo rojo en
el horizonte. Los vecinos se han ido, queda uno
que otro curioso con una lata de cerveza en la
mano recorriendo las carpas con mesas vacías

y los exhibidores sin nada encima. Los papitos
y mamitas empiezan a recoger juguetes de ni-
ños y pañaleras, sacan de allí frutas y prepara-
ciones que comen solos, cada familia por su
lado. Una de las mamás, no alcanzo a ver bien
cuál, lloriquea rabiosa mientras el marido la
intenta contener rodeándola con los brazos.
La directora del jardín, que hasta entonces
había corrido de un lado al otro intentando
organizar a los demás para solucionar el asunto,
se tumba rendida sobre una silla Rimax y desde
ahí vocifera.

—Vamos, vamos todos a la plaza y les saca-
mos la comida, somos varios.

Nadie le responde.

—Ánimo, vecinos, entre todos podemos
abrir la puerta, después de todo no es tanto.
Los hombres cargan los canastos y nosotras
vigilamos que no venga la policía. Vamos comu-
nidad.

El sol se termina de ocultar y las farolas de la
luz pública iluminan el escenario patético. Na-
die la secunda. Terminan de guardar sus cosas y
se van, familia por familia, sin decir ni adiós. La
calle queda en silencio y una lluviecita espan-
tabobos, diría mi mamá, empieza a caer sobre
nosotras. Alzo a Eli, me acomodo y yo misma
empiezo mi camino de vuelta a La Perse, a lo
lejos se ve mi casa, en la frontera, y más allá se
alcanza a oír el vallenato que a todo taco sale
desde la tienda de Fanny. De pronto me paso y
me tomo una cerveza, quien quita que el Alex
también se anime a caer. 📍

Juliana Sánchez-Castellanos (Bogotá, 1989). Antropóloga, acompañante de procesos
organizativos indígenas en la Amazonía Oriental y escritora. Estudió Antropología en la
Universidad Nacional de Colombia y es maestra en Antropología Social por la ENAH.

Capas de terciopelo,
colmillos falsos,
tacos post *after* a las seis de la mañana,
Nosferatu y otros seres amorfos,
El Chopo,
cover de 50 pesos,
baile, uñas pintadas de negro,
El Centro de Salud,
base blanca,
sangre, fetiches con sangre,
“La cumbia del vampiro”,
una cruz,
una cruz volteada,
“*Bela Lugosi's Dead*”
y música oscura para oídos violentos.

Mamá:

Creo que me estoy convirtiendo en un vampiro chilango. Sí, de esos
que tú llamas darketos y que siempre te corrijo porque no son darketos,
son góticos. Quizá debería empezar a dejar de decir “son” y comenzar a
decir “somos”, aún no sé bien.

Te robé tu rosario para usarlo de collar hoy en la noche. Perdón,
sé que detestas que tome tus cosas con las que rezas. Pero no, mamá,
los góticos no son satánicos, no es la misma cosa. Te prometo que los
eventos sólo son fiestas y que no he invocado nada. No, mamá, tampoco

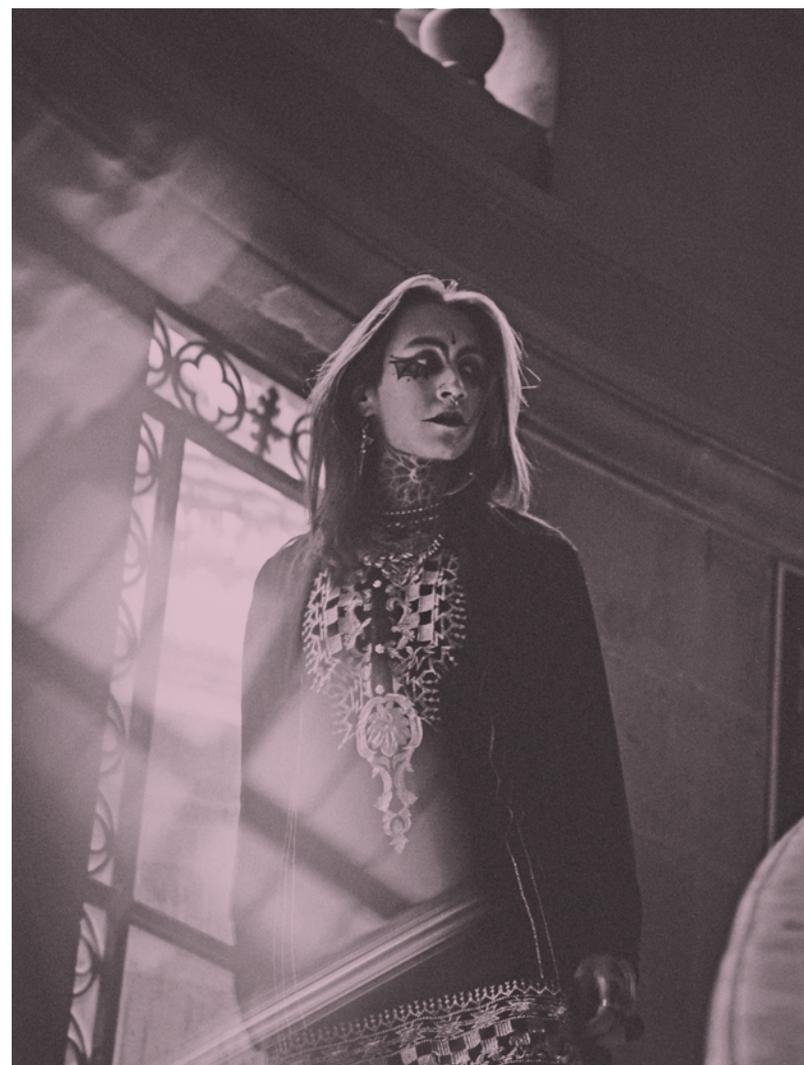
39

tienes que poner sal afuera de mi puerta cuando escucho Bauhaus o The Cure. No es música del diablo, Robert Smith sólo se hace mucho crepé en el cabello y por eso se le ve así, pero no hizo ningún pacto extraño.

Las ideas que se tienen sobre los góticos son demasiado abstractas y confusas, nadie se pone de acuerdo. El otro día mi amigo el Espectro —sí, el que dices que hay que echarle un bolillo porque cada vez está más flaco— me contó que en su barrio lo vio una señora que gritó: “¡Ave María purísima!”, se persignó y corrió. Al Espectro le dio mucha risa. A todos mis amigos góticos les ha pasado que alguien se persigna al verlos, es como la culminación de esto de ser un vampiro chilango.

Ese mismo día mi amiga la Duquesa Sangrienta nos contó que a ella le pasa algo muy distinto. Hay un sector de hombres mayores que tiene una fijación enorme con las góticas. Una tentativa por apoderarse de lo inapoderable, diría yo. Si no eres metalero, punk, *skinhead* o un nerdote don nadie jamás le vas a gustar a una gótica. Pero los señores

▼ Nathalia Paredes, *Nahum Tellez Girón*, 2022



morbosos no pierden el tiempo y le gritan cosas espantosas por la calle cada que pueden. Que hastío. La Duquesa Sangrienta sólo le sube al EP de Alien Sex Fiend que escucha en sus audífonos y sigue caminando.

Ah, y cierto, sí te acuerdas del Cadáver, ¿verdad? Seguro que sí, es el güero de dos metros que es como una aparición. Sí te conté el otro día que le decimos el Cadáver porque verlo es como una cercanía a la muerte, un gigante que casi no habla y va todo vestido de negro con sus capas largas; una cosa bárbara. Al Cadáver como es godín le toca disfrazarse para el trabajo. Dice que una vez casi lo corren por llevar sus crucifijos volteados y su camisa con olanes que está toda descubierta del pecho. Desde entonces tiene que ocultar que es gótico. La gente rehúye de todo lo que ve como otredad.

En fin, mamá, ya conoces a mis tres amigos góticos y hoy es 22 de mayo. No me digas que no recuerdas qué se festeja el 22 de mayo. Iremos al Picnic Gótico de la Ciudad de México y después al Real Under, ahí la fiesta del World Goth Day se llena tanto que ni respiras; pero la verdad es que, estando rodeado de tanto vampiro chilango, respirar pasa a segundo plano. Te veo al rato. Sí, llegaré temprano. Sí, llevo suéter. No saldré todo encuerado, lo prometo.

A finales de los años setenta e inicios de los ochenta surge en Inglaterra la subcultura gótica. Un movimiento contracultural que incluye expresiones artísticas, tendencias estéticas y manifestaciones culturales con influencias del Romanticismo, la literatura gótica, el cine de terror y, en menor medida, la cultura BDSM. Dicha subcultura tiene su lugar en festivales de

música, clubes nocturnos, eventos de poesía, pasarelas de moda y todo tipo de eventos.

La música gótica surge del *postpunk* y de influencias del *glamrock*, que dieron origen a diversos géneros musicales como el *goth rock*, el *dark wave*, el *minimal synth*, el *cold wave*, el *death rock*, etcétera. Todos ellos géneros que comparten una atmósfera oscura y etérea, digna de una película de terror. Existen más de veinte estilos de vestimenta dentro de la subcultura gótica, por mencionar algunos: el *trad goth*, el *vampire goth*, el *romantic goth*, el *victorian goth*, el *deathrocker*, el *corp goth*, el *gothabilly*, etcétera. Caracterizados principalmente por la preponderancia del color negro y el maquillaje oscuro.

A mediados de los ochenta, la escena gótica comenzó a proliferar tanto en Europa como en el resto del mundo con bandas como Bauhaus, The Cure, Siouxsie and The Banshees, The Cult, Sisters of Mercy, London After Midnight, Alien Sex Fiend, Xmal Deutschland, Mephisto Walz y muchas más, convirtiéndose en una de las subculturas con más integrantes de la historia.

Sin embargo, no fue hasta el año 2009, cuando los DJ's ingleses Martin Oldgoth y Cruel Britannia tuvieron la iniciativa de hacer un Día Mundial del Gótico, cuyo objetivo era celebrar a la cultura reconociéndola como un espacio de aceptación e inclusión, fomentar el respeto por la libertad de expresión y conectar a los góticos de todas partes del mundo. Desde entonces, el 22 de mayo de cada año se festeja el World Goth Day con grandes fiestas, festivales, exposiciones de arte en galerías, publicaciones de artículos, lanzamientos de documentales y todo tipo de celebraciones en bares y restaurantes con baile y música gótica.



▲ Pablo Eduardo Stanic, *Mademoiselle Chérie*, 2024

Drácula,
mucho sudor,
El Bizarro,
base blanca, pupilentes rojos,
cabello largo que se esponja,
postpunk,
una caguamita,
un bestiario,
Inccubbus Succubus,
La Cueva,
El Muerto de Tijuana,
otra cruz
Siouxsie Sioux
y música oscura para oídos violentos.

Mamá:
Me sigo convirtiendo en un vampiro chilango. Perdón, mamá, por aquí te voy a confesar que a veces te miento. Pero es porque sé que te

vas a espantar y no quiero que me estés dando la bendición a cada rato. El sábado pasado, el Espectro, el Cadáver, la Duquesa y yo fuimos al tianguis del Chopo. Ellos han ido incontables veces, casi nunca compran nada. Se pasean entre los puestos y se prueban los chalecos *custom* de los punks de antaño, las botas y los corsets que de noche parecen de piel, pero como el Chopo se pone de día, te das cuenta de que son puro plástico. Ser gótico es caro, má. Perdón si me gasto el dinero que me das en puros accesorios, pero si no, nadie me creerá que sí soy un vampiro real.

El tianguis del Chopo es un lugar increíble, hay de todo. La Duquesa dice que es la cuna de todas las subculturas urbanas de la Ciudad de México y sí le creo. Fuimos a ver tocar a una banda de unos chavos que no sé qué eran. Mamá, si nosotros los góticos te damos miedo, si los hubieras visto a ellos, te daba algo. Diría que eran punks porque tenían picos por toda la cabeza, pero quién sabe, los *deathrockers* también se alocan de cuando en cuando. No sé cuánto les tomará peinarse, pero si yo me tardo copiándole al Peter Murphy joven, ya te imaginarás ellos.

Parece que el Espectro tuvo una epifanía con la banda de los chavos con picos y nos metió a todos en la cabeza la idea de formar una banda de rock gótico. Tranquila, mamá, no voy a dejar todo por dedicarme de lleno a esto del vampirismo, seguiré estudiando derecho y ganaré suficiente dinero para poner pronto un despacho y también un antro gótico, vas a ver.



Así surgió la idea de la banda. Ya sé que no me he callado con eso y que estás harta de todas las veces que llego de noche por irme a ensayar a casa del Cadáver. Está valiendo la pena, má, te lo prometo. Hoy tocaremos en la fiesta del World Goth Day en The Real Under, somos una de las veinte bandas que se presentarán después de los *performances* literarios y de una chica que hace *burlesque*. Te invitaría, la fiesta me da mucho orgullo, parece que todos los vampiros chilangos se unen ahí para festejar que lo son. Pero ya te conozco, no vas a aguantar al *after*.

La subcultura gótica en México ha crecido notablemente en las últimas décadas, fusionando elementos de la cultura tradicional mexicana con los tintes oscuros y románticos que caracterizan a esta comunidad.

Los góticos en México han creado un espacio único, un fenómeno cultural que trasciende fronteras y tiempos.

Desde su establecimiento, el World Goth Day es un día importantísimo para los foros alternativos de México, quienes no pierden oportunidad de organizar cada uno su fiesta en grande. Bares y centros culturales en Ciudad de México como El Centro de Salud, The Real Under, Foro Bizarro, La Mezcalli Bar, Black Centro Cultural, DaDa X Club, Bar Donceles 58, Voodoo Horror Café, entre otros como La Cúpula del Vampiro en Tijuana, Anestesia Bar en Guadalajara, Multiforo Sónica en San Luis Potosí o Gothic Oaxaca Underground

son espacios donde la música, el arte y la comunidad se fusionan, y donde cada 22 de mayo la comunidad gótica sale a festejar.

Asimismo, antes de los grandes festejos del World Goth Day en México, existe, desde hace nueve años, una iniciativa para integrar y acercar a sus participantes a un espacio familiar de convivencia. Se trata del Picnic Gótico de la Ciudad de México, una tarde de música en vivo, comida, bazares, invitados especiales y actividades relacionadas con teatro, danza, actos siniestros y pasarela que se lleva a cabo en el bosque de Tláhuac.

Sin embargo, desde que la comunidad gótica comenzó a mostrar sus formas de expresión, han sido objeto de rechazo y discriminación. La comunidad gótica, al igual que otras subculturas en el mundo, se ha enfrentado a la estigmatización. Muchos de sus integrantes han sido víctimas de violencia, acoso y exclusión social, por lo que el World Goth Day también se sostiene como una celebración de orgullo por pertenecer a la subcultura, buscando que, en estas grandes fiestas, sus integrantes encuentren gente que comparta sus intereses y un espacio de libre expresión auténtica y entendimiento de la diversidad cultural.

44

Encaje negro,
siempre negro,
el Dr. Caligari,
garnacha y DJ sets,
pestañas postizas,
“Saraband”,
Carmilla la vampira,
el inframundo,
uñas, perdón, garras
hielo seco,
un escándalo,
y música oscura para oídos violentos.

Mamá:
Está bien, ya tengo que decirlo: me he convertido en un vampiro chilango. La Duquesa dice que me tardé en aceptar que formaba parte de “este extraño bestiario de criaturas de la noche” que conocemos como subcultura gótica. Es que es un lugar fascinante, má. No cambiaría por nada del mundo salir hasta que nos corran un sábado de El Centro de

Salud, ni las *Vampire Galas* del Under, o los *performances* de poesía en el evento de Portales de Oniria en La Mezcalli; tampoco cambiaría por nada del mundo ver cuando golpean a alguien en la vecindad del Chopo que le dicen La Cueva.

La subcultura gótica y su gente es para mí lo que para Julio Cortázar era el amor: un rayo que te parte los huesos. Es un rayo que me partió los huesos y me dejó electrificado en medio de una casona vieja en la Roma un 22 de mayo. Somos un grupo de gente que sentimos algo de oscuridad en nuestras venas y la compartimos juntos. No, mamá, tampoco estamos deprimidos, ése es otro prejuicio. Los góticos tampoco vivimos melancólicos y bajoneados, es más, diría que todo lo contrario. No sabes cuánto nos encanta la fiesta, y más cuando se trata de festejar que somos vampiros chilangos. 

Farid Negrete ▼



45

Jimena Cherry (Ciudad de México, 2004). Ganadora del Certamen de Relatos de Terror Latinoamericano de la Editorial Factor Literario y del Certamen de Escritoras Mexicanas Bitácora 52. Estudia Literatura latinoamericana en la Universidad Iberoamericana.

Soñamos con morirnos de risa

Jazmin Campos Díaz

Pareciera que quebramos la misma piñata
que nos colgamos los mismos picos en el cuerpo
y que los dulces que caen fueron aquellos
que compartimos en el patio de la escuela
porque son los mismos chistes
que nos servimos en el vaso
bebemos la gracia de no contestar el chat
y pasamos el tamal con la amargura
de adultos jóvenes que hablan de deudas
horas extra y noches de desvelo
que antes sólo querían salvar el semestre
pudrirse en el verano vacacional en sus camas
salir a tomar y recorrer el pueblo
tantas veces como peregrinación
sin ningún rumbo sin propósito
quizá ir a trepar el cerro más cercano
cruzar la carretera
para quemarse bajo el sol y existir
uno al lado del otro
reír hasta tener la sensación de ahogo
por aquellos mismos chistes
que ahora se mitigan de futuro
con desesperanza entre alcohol barato
y la energía intermitente
de seguir existiendo.

Jazmin Campos Díaz (Guadalajara, 2002). Licenciada en Letras Hispánicas por el Tecnológico de Monterrey y maestrante en Gestión y Desarrollo Cultural por la Universidad de Guadalajara. Es parte de la antología *Eternamente libres: el fuego que nos une* (2023).



hasta la sala de la casa. Una breve mención especial merece Perro, quien con su fuerza bruta, muy bruta de verdad, abrió la puerta que separaba a nuestros héroes de la comodidad del sofá.

Así, desde aquel 24 de diciembre de mil gatoscientos veinticuatro conmemoramos cada año ese acontecimiento histórico, la legendaria Fiesta del diluvio choriciente. Nada fue igual después de aquel magno evento. Quizá otro sucinto agradecimiento lo merezca la niña de la casa, quien impidió mediante sus berridos y lloriqueos que sus terribles padres nos echaran de la casa. Sus lágrimas no fueron en vano, pues ahora todos nos reunimos con regularidad en su azotea y a veces la invitamos a nuestras fiestas.

Hare Krishna, Hare Krishna

Viva Krishna, viva Krishna

Viva la fiesta legendaria del Jefe K, Viva el Jefe K

Firma

Terciopelo 



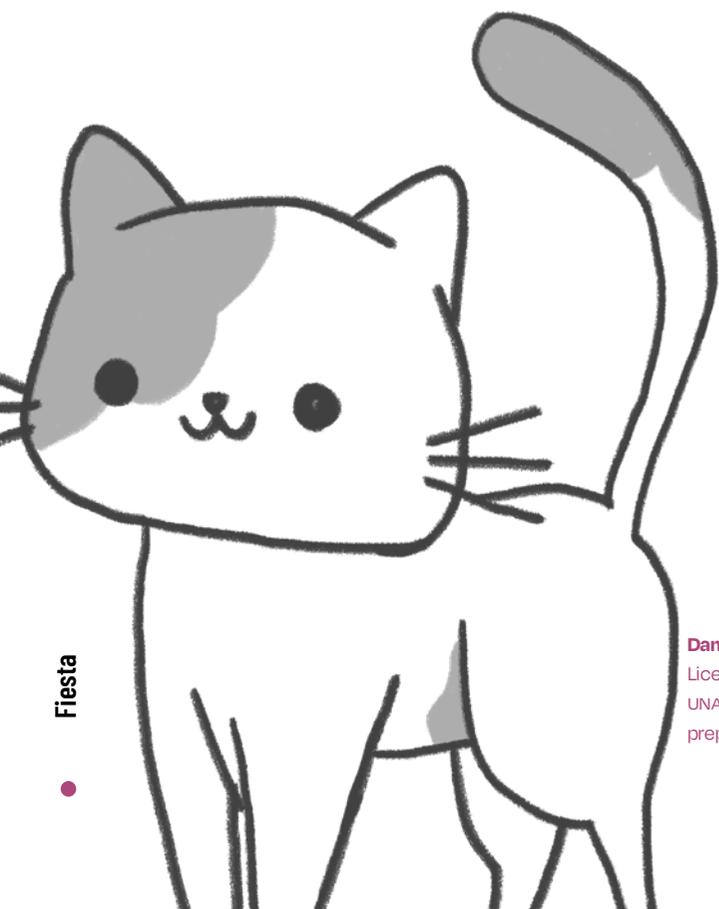
La fiesta de los antros de los últimos días

Daniel del Toro

En estos años críticos, la realidad se ha quebrantado; el espacio diurno del orden se ha resquebrajado y, entre las grietas, la noche (y la fiesta y el baile y el sexo), con sus tentáculos púrpuras sembrados de estrellas, ha invadido lo cotidiano. En este ensayo me gustaría presentarte algunas ideas a medio cocinar sobre el reguetón, con la esperanza de que quizá puedan despertar alguna conversación interesante en los remansos de tus fiestas venideras, entre un perreo y otro. Pero antes, dos anécdotas.

Una noche a finales del año pasado, pudo haber sido jueves o viernes o sábado (domingo es poco probable pero no imposible), caminaba yo en un antro abarrotado. Apenas quedaba espacio para pasar; había que escurrirse entre cuerpos informes que bebían, bailaban y cantaban a voz en cuello. A pesar de que afuera los fríos decembrinos de la Ciudad de México ya se dejaban sentir, ahí dentro todos intentaban sacarse el calor quitándose muchas de sus prendas y apurando la cerveza antes de que se entibiara. Las luces neón y las nieblas del alcohol que embotaban mi cabeza daban a la escena un aire onírico, sin mucho orden ni sentido.

Por fin, llegué al baño. Cerré la puerta detrás de mí. El bullicio se ahogó. Respiré con alivio, como quien toma una bocanada de aire después de haber estado sumergido bajo el agua. Dentro de ese angosto cubículo, la fiesta quedó fuera, pero sus estragos los sentía en mi cuerpo. No recuerdo cuánto tiempo pasé dentro del baño, pudieron haber sido dos minutos o veinte. Tampoco sé cuál canción sonaba en las bocinas, probablemente tecno o salsa, una de esas pausas en las rolas de reguetón que mis amigos y yo aprovechábamos para ir al baño, fumar un cigarro o comprar más alcohol. El momento que tengo grabado en mi memoria fue cuando, mientras estaba ahí, con la cabeza recargada en la pared para mantenerme en pie, la canción anterior terminó, hubo un pequeño silencio, en



Daniela León Resendiz (Ciudad de México, 2000). Estudió la Licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas en la FFyL, UNAM. Obtuvo segundo lugar en el Concurso Interpreparatoriano de Ensayo 2018, organizado por la UNAM.

el que todo el antro pareció contener la respiración, y luego empezaron a sonar las primeras notas de “Dile” de Don Omar.

La reacción fue instantánea. Para quienes hayan disfrutado de estar en un antro abarrotado justo cuando estalla la trompeta de “Ella me levantó” o cuando caen las percusiones de “Salió el sol”, no tengo que retratar la escena. Una exclamación de reconocimiento, un gemido de gozo, un grito de nostalgia. La energía se elevó, como burbujas, hasta el techo. Cientos de voces dispares (y seamos honestos, muy borrachas) empezaron a cantar desentonadamente pero con pasión las mismas letras que sonaban en las calles de Puerto Rico y República Dominicana hace más de veinte años. Me eché agua en el rostro para despejarme y unirme a la multitud.

Ahora, permíteme que te transporte a un año después. Era diciembre del 2024 y viajaba con la familia de mi novia de la Ciudad de México a Veracruz. Hicimos una parada técnica en Chignahuapan, un municipio de Puebla reconocido a nivel nacional por su producción de esferas de vidrio soplado. Todo el lugar es encantador, no hay otra manera de describirlo. Las autoridades han buscado preservar la arquitectura antigua de los edificios, posee una laguna encantada, un criadero de ajolotes y un santuario que resguarda un honguito portentoso y, en estas fechas decembrinas, las calles se inundan de delicados adornos de mil y un colores.

En esta villita navideña mexicana caminábamos, disfrutando de la tarde, cuando, desde alguna de las tiendas, una canción familiar empezó a sonar: “Dile que bailando te conocí, dile que esta noche me quieres ver, cuéntale que beso mejor que él, dile que esta noche tu me va’ a ver”. Mi novia y yo compartimos una mirada cómplice; esa tienda en particular, el Castillo de la Esfera (abierta los 365 días del año), tenía preferencia por el reguetón dosmilero, puesto que después de esto vinieron algunos de los *hits* clásicos de Daddy Yankee, Wisin y Yandel, Plan B y, por supuesto, del *king of kings*, Don Omar. Sin embargo, éste no era el único establecimiento donde sonaba reguetón. Durante todo nuestro paseo por el encantador poblado, lo único que sonaba en los establecimientos era algún tipo de perreo. Para gustos colores, y Chignahuapan había preparado una variada degustación de estilos y corrientes: desde Anuel y Arcángel, sonando juntos como hermanos, hasta Bogueo y Dani Flow, con esas “barbaridades” que tanto pegan en TikTok.

Mientras caminaba me quedé pensando en este asunto, y gastaré unas cuantas páginas de esta edición de la revista en él con la esperanza de que te sea ameno. Escribo estas líneas desde una hipótesis muy sencilla, producto de una observación atenta y un análisis crítico de las últimas pedas, reuniones y peripecias éticas a las que he tenido la fortuna de asistir en los últimos años postpandémicos. La considero,

más que una hipótesis, una realidad hasta obvia y quizá innecesaria de probar o justificar: la música por excelencia para una fiesta, cualquier fiesta, es el reguetón. Bodas, quinceaños, bautizos, reuniones y juntas caseros de estudiantes de prepa o de universidad. La mirada amarillista de las redes sociales ha probado que incluso hay exhibiciones de perreo en clausuras de ciclo escolar, en festivales a la madre y en celebraciones de día del niño en primarias y secundarias. En los antros y en las discos tiene incluso una función económica: si no hay reguetón, el público no asiste o no consume.

La gente se prende con el reguetón. O bien, mediante una serie de estrategias líricas, musicales y de *marketing*, el reguetón logra avivar los ánimos de la gente.

En este texto no me interesa discutir la calidad moral del género ni la incorrección del contenido ideológico de sus letras. Poco o nada impactan estas cuestiones en el consumo de la música en el mundo práctico. En todo caso, la prohibición o censura de los mayores hacia un producto artístico siempre va a generar el morbo y la rebeldía de los jóvenes. Además, la misma tía católica que clama que el reguetón se trata sólo de cosificar a la mujer no se inmutaba con el burdo símil entre la mujer y el caballo en “Te solté la rienda” cuando la cantaba Chente Fernández, y se balanceaba en los brazos de su amado al ritmo de “Farolero”, donde José José colocaba al hombre como el único actor protagonista y a la dama como su herramienta de trabajo: farolero/farola, barrendero/escoba, barrendero/roca, curandero/droga, etcétera (mi ejemplo favorito para hablar de cosificación con mis alumnos de preparatoria). Tampoco me detendré en el proceso de blanqueamiento e industrialización del género, que sin duda es un asunto interesante, pero el cual obviaré porque, por cada gran estrella que se une a las filas de las grandes disqueras norteamericanas, un chamaquito de algún barrio de Ecatepec lanza un proyecto musical desde su computadora o celular, lo que prueba que el arte siempre será terreno de disputa entre diferentes sectores del tejido social.

La pregunta que me gustaría lanzarte es la siguiente: ¿por qué este estilo musical, claramente destinado al relajó, al argüende, al desmadre, ahora se escucha a las 12 del día un domingo en un pueblo mágico? ¿Qué hay codificado en ese tumpa tumpa, como lo llama el Chombo, para volverse tan masivo?

Vivimos en tiempos apocalípticos, eso es innegable. El mundo está en crisis; desde que Berman chasqueó los dedos y convirtió en *Niebla* las instituciones que daban orden y sentido a la vida humana, y desde que Camus perfiló psicológicamente al individuo contemporáneo, un *Extranjero* en su propia tierra, el ser humano navega la incertidumbre.



▲ Getsemani Marin Alamirra, *Noche en el albergue*

La globalización ha borrado las fronteras territoriales y con ello ha hecho moneda de cambio las identidades regionales de los terruños del mundo, vacías de todo significado. El *scroll* infinito nos inculca diariamente un pastiche de anhelos prefabricados que no hacen más que evidenciar nuestras carencias: dinero, belleza, viajes, músculos, casas, autos, aviones, objetos, cosas. Las crisis económicas no hacen más que acentuar la brecha entre el primer y el tercer mundo (ya no le decimos así). Una pandemia destruyó los ánimos y las esperanzas, evidenció la ineptitud de los gobiernos para afrontar los problemas y demostró la necesidad imperiosa del contacto físico y emocional con otros. Migraciones masivas hacia la sombra imponente del Monte Rushmore y la política antimigratoria que Donald Trump impondrá en éste, su Segundo Imperio, acentúan la posición ya de por sí periférica de Latinoamérica en un mundo en llamas. En una cultura donde tener lo es todo, tenemos poco, y lo que tenemos es barato, roto, robado o de segunda mano. Ante esta perspectiva, quedan pocos espacios en los que el individuo

latinoamericano pueda construir o reafirmar su identidad. Una de esas trincheras, propongo yo en este ensayo, es el reguetón.

El reguetón como género es difícil de definir y hoy en día lo es todavía más: tiene una innegable influencia afro y un arraigo caribeño, pero su proyección hacia el panorama global se ha logrado desde la etiqueta de “latino”. Hay canciones que buscan regresar a sus orígenes en el *dancehall* y el *reggae* y se escucha todavía (quizá por la epidemia nostálgica que se vive hoy en día en los medios masivos) el “reguetón clásico” cuyos mejores exponentes definieron el lenguaje y los temas que se mantienen hasta nuestros días; destacan esos entrecruces con el rap y el trap, así como la recuperación de ritmos tropicales como la salsa, la cumbia y el bolero (*Mañana será bonito* de Karol G y *Cosa nuestra* de Rauw Alejandro son mis ejemplos favoritos de proyectos musicales que buscan apelar de manera sistemática a toda la tradición musical latinoamericana); el perfeccionamiento del uso de la tecnología y los medios digitales han propiciado el intento (a veces infructuoso) de conformar escenas regionales, como el reguetón mexa o el chileno; por supuesto, no se puede dejar de mencionar la aparición del neoperreo y su importancia para modificar la voz lírica de las canciones hasta crear la figura siempre elusiva de “la reguetera”. Hay muchas corrientes e intentar enunciar características que engloben a todas ellas es una tarea complicada, mas no por ello significa que no se deba tratar.

El rasgo más importante de la fisonomía lírica del reguetón, creo yo, es la invitación a *gozársela*, tal como invitaba Tego. Los cimientos de este género musical están contruidos sobre la imagen de la fiesta como un territorio nocturno, en ebullición, en el cual los hombres y las mujeres se convierten en presas al mismo tiempo que en cazadores, donde las reglas de la civilidad y el decoro propio de las horas diurnas se suspenden para invitar al desenfreno, al coqueteo, a la aventura. Es una propuesta en la que el cuerpo se convierte en el centro gravitacional de la vida (y de la composición literaria): la atención gira en torno a la cadera, a las piernas, los senos y sobre todo las nalgas, el reflector cae sobre el *culo*, el *bicho* y el *toto*, sobre ese conjunto de símbolos eróticos que podemos definir como *la combi completa*. No se le puede llamar *carpe diem* a este motivo recurrente, porque el día no tiene lugar dentro del reguetón. El perreo suena desde el crepúsculo hasta el amanecer, porque la noche es el espacio donde se desprende la máscara del prejuicio y se deja el restrictivo traje del eufemismo. Durante la noche, el amor, el sexo y las emociones se viven con intensidad, quizá el único momento en que se experimentan en toda su profundidad y extensión; ya lo advertía Joe Arroyo cuando cantaba “Qué inolvidable esa noche, qué romántica noche, cuando besé tu boca de grana, bella noche. Otra, otra noche,

otra, ay, dame otra noche más”, coro que Don Omar retomó para su icónica canción.

Regresemos a “Dile”; un amante, en el eterno juego de la seducción, le dice a una mujer que haga público el amorío que han tenido para que su hombre sepa que ya no le pertenece. El cantante y la dama han tenido encuentros, por supuesto, durante la noche. Se conocieron en el tiempo suspendido de la fiesta, conectaron mediante el baile, símbolo máximo del cuerpo en movimiento, en contacto con otros, en exhibición de destreza. En ésta y en todas las canciones venideras de reguetón, lo nocturno se propone como el momento en que se exhiben sin pudor ni recato los verdaderos colores de la condición humana, “Esta noche es de travesura’ (esta noche hazme travesura’). Te vo’a devorar en la noche oscura”, en el centro está el cuerpo, ejecutando un baile que atrae y repele a los otros a su alrededor, “Tienes un cuerpo brutal que todo hombre desearía tocar, sexy movimiento”, y el coqueteo, arte que combina ingenio con instinto, se presenta como detonador de la anécdota, “si tu novio te deja sola, dímelo y yo paso a buscarte”. Sería difícil encontrar un *bit* de reguetón que no construya este cronotopo tan familiar a estas alturas. Sobre este asunto deberán correr ríos de tinta.

Lo más notable es que, detrás del lugar común a la lírica de estos creadores, si uno tiene el concepto de campo intelectual de Pierre Bourdieu a la mano, se podrá encontrar en estos proyectos musicales una furiosa batalla por reafirmar su identidad, tanto la individual, en tanto artista emergente que tiene todo en contra, como la comunitaria, que está sembrada en la idea de Latinoamérica.

Sobre la primera identidad, la personal, presta atención a cómo la infidelidad es narrada desde el tercero en discordia; eso de inmediato pone el énfasis en el antihéroe, en el *trickster*, ese personaje picaresco que será una constante en el reguetón: el *rascal* que busca ganarse los favores de una dama, el individuo hambriento que no tiene nada pero anhela devorarlo todo, el que siempre está sacando las garras, inflando el pecho, luciendo el plumaje, el que afirma ser el mejor aunque no tenga un centavo en la bolsa. El deseo y el hambre como valores latinos en antítesis al tener y el exceso del norte global.

El reguetonero es orgulloso y agresivo, como un gato feral entre los rascacielos neoyorquinos; puede que de ahí provenga esta predilección del género por la segunda persona. ¿Lo habías notado? La voz lírica siempre se dirige a ti directamente, probablemente porque suele adoptar la posición de hombre (o mujer) que convence a su objeto de deseo de rendirse al disfrute carnal, o presume de su poderío e influencia ante sus enemigos, pero también se trasluce aquí una voluntad de reclamar el discurso desde una posición muy personal, de apelar directamente

al que escucha. El reguetonero flirtea (“¿Qué ma’, pues? ¿cómo te ha ido?”), propone (“Sé que quieres, se te nota.”), indaga (“Y si veo a tu mamá, yo le pregunto por ti.”), ruega (“¿Qué tengo que hacer pa’ que vuelvas conmigo?”), se disculpa (“Si alguna vez sentiste algo lindo por mí, perdóname.”), reprocha (“Tú me dejastes caer, pero ella me levantó.”), comanda (“Agárrala, pégala, azótala.”), ordena (“¡Salte! Si no estás bailando con ella... ¡salte!”), se mofa (“Tú no mete’ cabra, sarabanbiche.”), dicta, en fin, las reglas de la interacción con el otro por medio de la palabra.

Sobre la segunda identidad, la colectiva, fijate en cómo la alusión a Joe Arroyo en “Dile” no es casual; por medio de esta reformulación de aquel coro, Don Omar está diciendo que su arte es heredero de una larga tradición de artistas

de música tropical que conoce y aprovecha. No sólo eso; Joe Arroyo no era dominicano como Don, sino colombiano, por lo que también se proponía la posibilidad de un comercio con todas las culturas del continente como un mismo capital cultural compartido frente a la amenaza de las grandes disqueras y la visión totalizadora de la industria musical pop.

Yo atribuyo a esta pulsión de reconocimiento el origen de su fascinación por los recursos propios de la intertextualidad. El reguetón está plagado de alusiones, referencias, reescrituras, remixes y sampleos a otras canciones y a otros artistas, ya sean sus antecesores (Ahí están “Me gusta” y “China” de Anual AA y sus colaboradores entonando los clásicos del *reggae*) o sus contemporáneos (Quevedo invierte el sentido en la letra de “Normal” de Ferxxo en “Dame”),



al género urbano y latino (Bad Bunny y J Balvin citando a Enanitos Verdes en “Un peso” o Karol G aludiendo a “Morena mía” en “Carolina”) o a la tradición anglo (Daddy Yankee reescribiendo “Informer” y... ¿Ése es Snow, el cantante original?). Revisa esta consolidación de las reinas del neoperreo que lograron Bad Gyal, Tokischa y Young Miko en “Chulo pt. 2”, o escucha con atención el repaso que hace el Bogueo de los grandes exponentes del reguetón mexicano en “Reggaeton Chakalón”, donde teje una red a través del tiempo entre Big Metra, La Dinastía, Ghetto Kids, Yng Lucas, Uzielito Mix, el Malilla y Bellakath, en cuyo centro se coloca él mismo como heredero legítimo e indiscutible de las llaves del reino.

Para concluir (o al menos para cortar con esta breve reflexión porque sin duda se quedan en el tintero muchas ideas a las que convendría desarrollar extensa y profusamente), quiero evidenciar para ti la exasperante incongruencia de que un género como el reguetón, que invita a la celebración y a la festividad, que exalta la sexualidad, que supone una actitud altanera y que se vanagloria en su carencia, se haya convertido en un estandarte para los jóvenes en estos años críticos. Mientras que algunos podrán clamar que se trata de Sodoma y Gomorra, sólo que “tantito peor”, yo (y espero que tú también, después de estas páginas) lo encuentro fascinante como fenómeno cultural. Ante la crisis y la incertidumbre, ante la desesperación y la necesidad apremiante, el artista urbano y todos sus millones de escuchas han decidido reclamar el último territorio que veían como suyo, el cuerpo, y entregarse a la fiesta. El lema “dile que bailando te conocí” se vuelve doblemente combativo porque, efectivamente, es en el baile donde todo individuo marginado (y en Latinoamérica quién no es marginado, ya sea por su clase social, su color de piel, su orientación sexual) ha encontrado, a lo largo de la historia, un espacio de comunidad. En “Negro”, J Balvin describe a una mujer que “se vistió de negro y no es un velorio”, y yo afirmaré, quizá para adoptar un tono tremendista de dramático artificio que me permita cerrar con fuerza este ensayo, que sí que hay un velorio, y es del mundo como lo conocíamos; la sociedad mundial está de luto por el fracaso absoluto de la modernidad, el orden y el progreso. Puede que si el personaje de Balvin “perrea como si no hay un mañana”, es porque, efectivamente, el mañana está en duda. Pero, en lo que llega ese inevitable colapso de la civilización, ¿qué nos impide disfrutar de esta fiesta eterna en el fin del mundo? 

Daniel del Toro (Xalapa, 1999). Escritor, investigador y mediador. Titulado en Lengua y Literaturas Hispánicas por la FFyL, UNAM. Trabaja como asistente de investigación en el Instituto de Investigaciones Filológicas e imparte talleres de fomento a la lectura de la mano de Universo de Letras y de IBBY-México.

Del archivo

62 *David Huerta: la música de lo que pasa en clase*
Fabián Espejel

Tesaurus

68 *Poeta*
María Villa

Reseña

71 *Retrato de una vida sinfónica*
Ian Castelo

David Huerta: la música de lo que pasa en clase

Fabián Espejel

Fotografías por Alejandro Arras

*malgré l'âge, [je] n'a[i] pas cessé d'être
votre reconnaissant élève.*

Carta de Albert Camus a Louis Germain



Había un letrero pegado en el edificio anexo de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM: “Conversación con David Huerta. [Una foto del poeta]. Martes 24 de septiembre”. A la hora prevista, entré en el salón anunciado. *La memoria es muy traidora*, dijo el profesor Huerta aquel día de 2013, cuando lo conoció el entonces estudiante de primer ingreso que aspiraba a ser poeta.

- *El poeta es una criatura excepcional, como lo es un matemático brillante, un biólogo...*
- *Materiales del poeta: palabras, lengua patrimonio común, institución más sólida.*
- *“Poesía eres tú” saca a la poesía del poema: está afuera del poema y del poeta.*
- *Un poema nunca es sólo un poema.*

A lo largo de los años, anoté muchas cosas en mi cuaderno, además de aquellas citas suyas. El orden de las notas se ha revuelto y, con excepciones, no puedo identificar si algún curso fue antes o después del otro. Está atiborrado de sugerencias de lecturas literarias o académicas (del libro VI de la *Eneida* hasta las “Notas sobre poesía” de Gorostiza o Héctor Viel Temperley), análisis de métrica y retórica (oratoria ciceroniana, *captatio benevolentiae*, la estructura del alejandrino, cláusulas rítmicas, versos plurimembres, monósticos, el orden de los adjetivos) y varios poemas fotocopiados con una abundante *marginalia* (Neruda, García Lorca, Gorostiza, López Velarde, Lugones, Lope de Vega).

En aquella primera conversación, David había maravillado a los pocos asistentes. La erudición no era lo único que nos mantenía absortos, sino también la creencia absoluta de que todos podemos amar y entender la poesía. Beatriz Espejo y José Luis Ibáñez, por separado, entraron al salón para escucharlo. El siguiente semestre, en enero de 2014, busqué al profesor. Tuve la osada idea de mostrarle algunos poemas y pedirle un comentario. Después de intentar disuadirme cortésmente, David los aceptó. Me advirtió, eso sí, que tardaría mucho en leerlos, pero me propuso entrar a su clase como oyente: Poesía en Lengua Española, todos los martes de 6 a 8, una materia optativa que sólo se podía inscribir a partir del quinto semestre. David entregó una hoja con un epígrafe del curso y con los dos poetas alrededor de los cuales orbitarían las sucesivas clases. A partir de entonces, fui asiduo de su clase hasta que egresé de la carrera en julio de 2017, alternando entrar un semestre sí y otro no porque me daba pena entrar todo el año.

- *El poema está hecho para ser recordado.*
- *Poesía: mezcla entre artificio y naturalidad.*
- *Leer, memorizar poesía.*

Un día David me preguntó si hablaba italiano. Estábamos hablando de esa figura extraña y hermosa llamada *enálage* y su ejemplo más famoso en español: “soy un fue y un será y un es cansado” en Quevedo. Resultaba que alguien había escrito su molde 250 años antes: “*non avrà loco fu, sarà ned era*” [‘Lugar no tendrá el fue, el será ni el era’], del “Triunfo de la eternidad” de Petrarca. Había tomado clases de italiano durante dos años en la Prepa 6 y sentía que me defendía bien, por lo que contesté que sí. La clase siguiente llegó con su ejemplar los *Trionfi*, que compró en la Librería Morgana, y me lo prestó. Yo debía interrumpirlo en algún momento de las clases siguientes, tenía que explicar qué era la *enálage*.

- *Empezar a ras de tierra para ascender, después, en el análisis de un poema.*
- *Hay que escandir el verso.*
- *Como las ecuaciones, el poema se despeja.*

Nunca me atreví a interrumpirlo y tampoco quise hacerlo. David siempre tenía algo interesante que contar. Era como si nos adentrara, con camaradería total y sencillez, en un oscuro secreto que no lo era: la poesía. David no acaparaba la conversación y le encantaba responder preguntas e interactuar con sus estudiantes. Éramos amigos platicando en un salón sobre Góngora o los ovillejos, escuchando el latido de los versos. Cuando le devolví el libro de Petrarca, me preguntó si lo había terminado. Yo le respondí que no, pero no le dije que me refería a la versión toscana, muy difícil para mí; sólo pude leer de cabo a rabo una traducción en español que había sacado de la Biblioteca Samuel Ramos.

Gracias a David leí —o tengo en la mira— muchos libros y autores a los que jamás habría llegado, me habría tardado más o hubiera denostado. Recuerdo que nos contó que su generación le hacía el feo a Anatole France, como los surrealistas antes que él. Sin embargo, cuando lo leyó, tiempo después, le pareció interesante y sugirió acercarse a su obra. France, por supuesto, está anotado entre los autores que me interesa leer. De repente Huerta se volvía un mago y, a quienes nos animábamos a ver lo que había entre los títulos y nombres que soltaba, nos revelaba un suceso extraordinario y único, una lectura que parecía decir, con Rilke,

“tienes que cambiar tu vida”: *Muerte sin fin* de Gorostiza, *La Gatomaquia* de Lope de Vega, los estudios de Raimundo Lida, la edición de Robert Jammes de las *Soledades*, el *Viaje del Parnaso* de Cervantes.

Con menos frecuencia, llegó a prestarme libros. Me gusta pensar que no los escogía al azar: el de Petrarca, la edición del poeta Edward Hirsch de los *Complete Poems* de John Keats y una edición de *La estructura de la poesía moderna* de Hugo Friedrich. También me prestó indefinidamente una primera edición de *Sea Grapes* del nobel santalucense Derek Walcott. Se la había regalado el profesor Richard E. Smith, de la Universidad de Miami. David había pegado cuidadosamente en la portadilla una fotografía de periódico donde aparecía Smith y su dedicatoria. Alrededor de la foto, había un autógrafo del propio Walcott, dedicado a David y a la narradora Verónica Murguía, su esposa.

- *Derek Walcott: “La obligación del poeta es complicarse la vida”.*
- *Que todas las palabras/ entran en la poesía.*
- *Los poemas no se dan por vistos nunca.*

Ahora creo entender que David impartía clases de poesía. No sólo hablaba de los textos y ramificaba sus procedencias o diálogos —como un astrónomo que urdía constelaciones— con otros versos de la tradición grecolatina, hispánica, inglesa, francesa y, en menor medida, italiana. Para David era importante cuestionar la figura del poeta, la hechura del poema —siempre con palabras, nunca con “La Palabra” (*¿pues cuál palabra?*, decía riéndose)—, su contenido y forma —cómo están hechas las entrañas y los músculos de un poema— y, sin decirlo nunca explícitamente, el oficio poético, dejando en el aire la pregunta de si la poesía es también algo más allá del texto.

- *De la poesía dependen todos los géneros. Es la medida de la literatura. Es la literatura misma.*
- *La mejor manera de leerla es en voz alta.*
- *La manera de hablar interviene en (la lectura de) poesía.*
- *Los poemas están vivos.*

En una ocasión, David le preguntó a cada estudiante cuáles serían los tres libros que se llevarían a una isla. Entre los que mencionó la poeta Violeta Orozco estaba *La estación violenta* de Octavio Paz y David se emocionó.

Al final, si no mal recuerdo, él escogió para su isla *El Quijote*, las *Soledades* y la *Divina comedia*. En otra ocasión, le pidió a Jin Tang, compañera de intercambio, que nos diera una introducción a la poesía china clásica y leímos a Li Bai y a Du Fu. Incluso leímos en chino un poema de Su Shi. David se sentó con nosotros —un alumno más— mientras Jin estaba al frente. Años después, el narrador Nacho Casas me contó que David entraba como oyente a los seminarios de Martha Lilia Tenorio en El Colegio de México.

Huerta, uno de los poetas más relevantes de este país, se permitía deslumbrarse y preguntar sobre lo que no sabía. A los escritores que admiraba siempre les anteponía un “don”: don Luis de Góngora, don Derek Walcott, don Carlos Fuentes... También nos enseñó el valor de la relectura, pues siempre iba y venía a sus libros predilectos, en los que también abundaba la narrativa. Nos contó de una ocasión en que García Márquez citó mal un verso de Garcilaso —palabras incorrectas, pero respetando el ritmo— y, discretamente, David le pasó un papelito citando el verso correctamente; lo que le interesaba era destacar el gran oído del de Aracataca.

66

- *El poeta, aparte de dominar su oficio, tiene que —imperativo categórico— saber qué representan los grandes temas para él (a partir de la experiencia).*
- *El gran poeta cambia profundamente la cultura de su tiempo.*

Veo a David y a Verónica en la gran marcha de Ayotzinapa, entre los estudiantes, rumbo al Zócalo. Veo a David leer junto al nobel nigeriano Wole Soyinka cuando se celebró el centenario de Octavio Paz. Lo veo contar en un pasillo que había pensado en ponerle *Caldo* (de *caliente* en italiano y de *faje*) a su *Incurable*. Lo escucho despedirse, socarronamente, después de alguna clase: *Como diría don Efraín, “vámonos mucho, pero mucho a...”*. Lo recuerdo afirmar que *los tres mejores poetas mexicanos son gongoristas: Sor Juana, López Velarde y Gorostiza*. Lo veo, bonachón, presentarse con mi novia como *mi abuelito*. Lo escucho introducirme como *amigo de Derek Walcott*. Lo recuerdo responderme, emocionado, cuando le pregunté aquella última clase cómo enfrentarnos a los poemas difíciles, a esos que parecen arcanos o escritos para una “inmensa minoría” de iniciados (pidiéndole, ahora lo sé, que me revelara el secreto): *Los poetas son personas como tú y como yo*. Vuelvo a sus clases cuando pongo sus charlas en YouTube o leo su discurso de recepción del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances en 2019:

Del archivo



El mejor poema del mundo es una red que se ha tejido en nuestra mente con esos elementos: está ahí, aquí, a nuestro alcance. A los significados, sensaciones e imágenes puede uno agregar otros componentes, como el ritmo, la melodía de las palabras o las frases, el poder de evocación del poema, su gravitación en nuestras vidas para iluminarlas o cifrarlas y dejarlas encerradas en un vaso que siempre tenemos cerca para saciar nuestra sed de poesía.

El impacto de un maestro puede ser insospechado y definir el rumbo de una vida. David marcó a muchísimos de sus estudiantes. Gracias a él, a sus clases, nunca dejé de leer (ni de intentar escribir) poemas, de insistir en saber qué hay adentro y afuera de ellos, cómo están hechos, de dónde vienen. “Sólo lo difícil es

Fabián Espejel (Ciudad de México, 1995). Es poeta y traductor. Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes 2023 y Premio Bellas Artes de Traducción Margarita Michelena 2024.

estimulante”, decía citando a Lezama Lima, uno de sus favoritos. Ahora que ya no tengo 18 sino 30, y cargo con más vida y lecturas en los hombros y en las sienas, sigo dialogando con mi maestro cuando leo sus poemas y sus ensayos, pero también cuando leo a todos esos poetas que me descubrió y que se volvieron mis favoritos. Cuando pongo atención a cómo pronunciar ciertos nombres —aunque él nunca nos corrigiera—, como el *álef* del libro de Borges. Cuando repito muchos versos que él nos repetía o cuando los memorizo; cuando leo correctamente un poema en voz alta. Asistí a tus cursos sin saber —yo, el alumno más impuntual de la generación— que nunca faltaría ni llegaría tarde, que esperaría los martes impaciente. Desde entonces no cesa la música, David, de tus palabras en la clase. 

67

Punto de partida

POETA I A POETA/ POETA A POETA POETA I

María Villa

La poeta lava los platos, seca la ropa, paga impuestos. Usa el metro o la combi o el pesero. La poeta no camina al trabajo, no podría. Si le toca sentada, la poeta lee. Tiene dolor de piernas, mucho sueño, también insomnio. La poeta no se droga, ni bebe alcohol: no tiene tiempo. La poeta, si tiene suerte, sale temprano, entra a un taller, intenta escribir. La poeta, si tiene suerte, toma el taller en la oficina, en la pantalla de su celular, en la silla con rueditas. La poeta apaga la cámara. Que no la vean, que no sepan que es poeta, que está en llamada y que no es trabajo. La poeta come alitas los viernes, contesta mensajes, toma selfies. Responde llamadas que no son suyas, atiende quejas, escribe mails. La poeta quiere llorar, pero no tiene tiempo, la poeta quiere leer lo que leen los poetas, pero no tiene tiempo, la poeta quiere ir al bar donde van los poetas, pero no tiene tiempo. La poeta se embaraza: nadie sabe que es poeta. La mamá de la poeta está feliz, la poeta tendrá un niño que cuidará toda la familia, el padre no sabrá, no le queremos contar. La poeta criará al niño sola, pensará en poesía. La poeta busca en google: poemas de amor, poemas de hijos, poemas de mamás, poemas de trabajo. Buscar. La poeta da click en “Poemas del alma”, la poeta dirá que hay que escribir así, con el texto alineado al centro. La poeta no cambia de opinión, la poeta es poeta mientras el niño patalea. La poeta hace otras cosas: tiene amigas, las invita a casa, les da de comer, hablan hasta noche, no tanto, porque la poeta está embarazada y aún trabaja y tiene sueño, más que antes. La poeta tiene la panza grande. La poeta dejó el taller, no escribió nada. La poeta hizo una amiga, una que sí escribe poemas. La poeta quiere escribirle, pero primero están los otros whatsapps: los de la familia, los del trabajo, los de los amigos. La poeta no se queja, no se enferma, no grita: No escribe. No poemas. No dice. No tiene. No tiempo. La poeta no. 📍

María Villa (Naucalpan, 1991). Hace *marketing* cultural en Bien Chicles y escribe. Becaria PECDA Estado de México (2024). Ha publicado en *Castálida*, *Punto de partida* y *Mi Valedor*, así como en las antologías *Romper el horizonte* (2024) y *Entre entes y linajes* (2024).

Getsemani Marin Alamirra ▶

UNA VIDA SINFÓNICA

Ian Castelo

Al terminar de leer *Opus Gelber. Retrato de un pianista* (2019), de la escritora y periodista argentina Leila Guerrero, regreso irremediamente a la primera página, aquella en la que descubro un fascinante, sofisticado, excéntrico y exuberante mundo contenido en el doceavo piso de un edificio de Buenos Aires. Caigo en la cuenta, al retornar a ese párrafo inicial, de que la autora se explaya en relatar el barroquismo hogareño del departamento del músico argentino Bruno Leonardo Gelber (1941) —considerado uno de los cien mejores pianistas del siglo XX— porque es un reflejo cristalino del alma del músico, acaso el intento más atinado y más breve por describirlo. Porque este perfil periodístico sólo pretende una cosa: desentrañar la compleja figura de Gelber.

Guerrero accede a la cotidianidad de Bruno Gelber, a quien llega a definir como “un victoriano en el siglo XXI”, con la perspicacia de un águila. El músico argentino le permite entrar a su departamento, la invita a cenas fastuosas a las que acuden periodistas famosos y duquesas europeas, la recibe en su estudio mientras imparte clase a uno de sus alumnos, y Leila, con la voluntad de una periodista que se aferra a develar los secretos de su personaje, logra desenterrar anécdotas y palabras (como cuando se refiere al “novio” que tuvo en su juventud) de boca del mismo Bruno Gelber que, durante muchos meses, mantenía escondidas, amparadas bajo la ambigüedad de una intimidad que no terminará de develarse por completo.

El mérito de este enorme trabajo periodístico-literario es que descubrimos a la persona que desfila detrás del personaje que se sube en frac al escenario y desde su “centro vital” —como Bruno suele llamarle a la región de donde proviene la quintaesencia de la interpretación de los conciertos para piano— presiona las notas del cuerpo de su elegante marido, vestido de teclas blancas y negras.

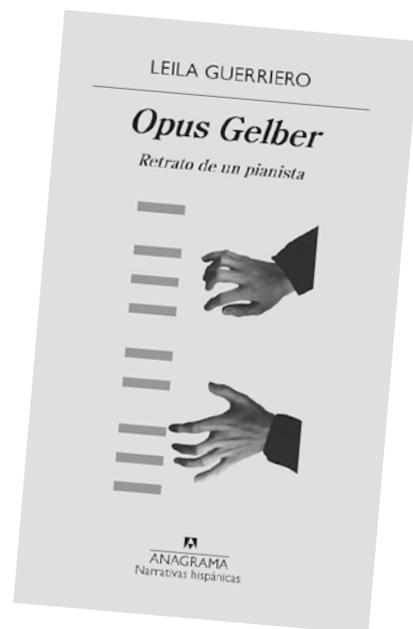
Sin que se caiga en ningún momento su ávida —acaso fría, metódica, distante— lupa periodística, la autora nos permite acompañarla, en

Opus Gelber. Retrato de un pianista

Leila Guerriero

Anagrama

España, 2019, 333 pp.



72

primera persona, en su travesía hacia el interior de Bruno Gelber, un hombre cuya vida emerge como una melodía sinfónica: compuesta de una compleja composición orquestal que hace de Gelber un personaje contradictorio, generoso, talentoso, divertido, repetitivo en sus frases y anécdotas, obsesionado con la belleza del cuerpo humano, y voluptuoso hasta en la manera de agarrar con sus dedos los alfajores y budines.

Leila Guerriero tiñe con pinceladas realistas, sustentadas por entrevistas e investigación documental, a un personaje cuyo enigma, en apariencia, no va más allá de ser un pianista exitoso, atormentado por la polio cuando era niño, enfermedad que ha atravesado distintas

aristas de su pueril y vanidosa personalidad. Sin embargo, mientras la escritora penetra más a fondo en el cotidiano acontecer de Gelber, nos hace abrir los ojos para descubrir que, desde su nacimiento, su vida ha fluido como una composición sinfónica, acaso equiparable a un concierto de cualquiera de sus predilectos: Rachmáninov, Beethoven, Chopin, Tchaikovski, Schumann o Brahms, con la única diferencia de que, en la sinfonía Gelber, no todas las notas palpitan en la superficie porque algunas prefieren mantenerse ocultas, sumergidas bajo el océano que ha sido su existencia.

En el cuento de Augusto Monterroso, "Sinfonía concluida", el narrador nos relata que un viejo organista de Guatemala descubre los dos movimientos finales de la "sinfonía inconclusa" de Schubert, pero su hallazgo resulta ser más un hecho condenable que un mérito celebratorio. Y de la misma forma que ocurre con la composición "incompleta" del músico austriaco, considero que resulta más hechizante reconocer que cuando uno cierra el libro todavía palpitan sutiles misterios sobre la figura de Bruno Gelber que no deben ser develados, cosa que Leila comprendió hasta la última página, lo cual no pone en duda el agudo sentido periodístico de la autora; por el contrario, este perfil confirma aquello que decía Julio Scherer García acerca de que el periodismo se asemeja a la humedad y al viento.

Lo maravilloso de este retrato radica en que uno termina de leerlo y los pequeños enigmas titilan por su propia fuerza. Me resulta increíble pensar en la pregunta que, acaso para Leila y para todos sus lectores, nos mantiene siempre en intriga: ¿qué hará Bruno Gelber cuando ella está a punto de entrar a su departamento? 

Ian Castelo (Ciudad Nezahualcóyotl, 2001). Egresado de la licenciatura en Comunicación por la UNAM. Ha escrito artículos de literatura y cine para *Gaceta Veintidós*, *Cultura con Polakas* y ha publicado en la revista *PENUMBRIA*. Actualmente cursa un seminario de Literatura en FES Acatlán.



HASTA QUE
TRUENE

XSAN

@laslineasdetenis

* sugiero reproducir
"Baddy on the floor" de Jamic XX
para complementar estas páginas *



THANK YOU EVERYONE FOR STEPPING OUT TONIGHT



BODY ON THE FLOOR



What?



What?



WHAT?



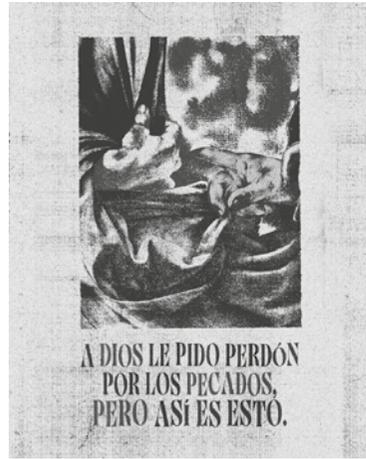
UNTIL THE DROP STOPS

SHUSHHHH

CRACK!

TA BUENO YA LE PARO...

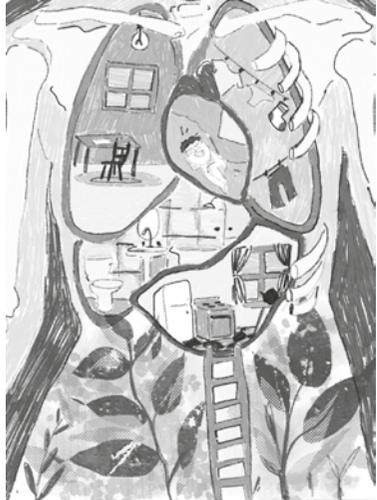
STOP



PORTADA

13Death

(Ecatepec de Morelos). Artista visual con 10 años de trayectoria. Se especializa en carteles, portadas de música y mezcla de multimedia en vivo (VJ). Su trabajo ha sido mostrado en USA, Colombia, Chile, Argentina, Canadá y UK. Sus imágenes son un cruce de cultura pop, política, guiños a la historia del arte, música y vivencias.
 @13death_



Sonya Pulido

(Ciudad de México, 2000). Artista visual, ilustradora y hacedora de cosas egresada de la FAD, UNAM. Formó parte del programa de acompañamiento de Piso 16. Laboratorio de Iniciativas Culturales en 2024. Su trabajo se inspira en el teatro, la pantomima y lo imaginativo, abordándolo desde diferentes medios, como el fanzine y la joyería ilustrada.



Mariana Huitzil Ascención

(Puebla, 1999). Estudia Artes Plásticas en el Instituto de Artes Visuales del Estado de Puebla. Ha sido parte de exposiciones colectivas en espacios de Puebla y CDMX.
 @stuckindoomsday
 @marianahuitzil

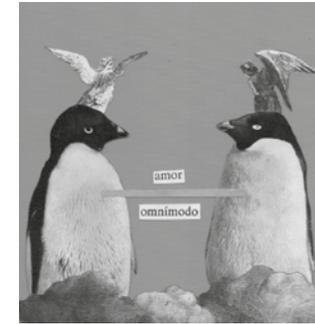
Kaori Hayama

(Ciudad de México, 1997). Estudió Diseño en Medios Digitales en la universidad CENTRO. Actualmente se dedica a realizar ilustración editorial y animación tradicional de manera independiente.
 @ka.or.i



Aaron Farid Negrete

(Ciudad de México, 1996). Egresado de Letras Modernas Alemanas de la FFyL, UNAM. Interesado por la memoria en cualquiera de sus expresiones.



Getsemani Marin Alamirra "Getse Kidana"

(San Vicente Boquerón, 1995). Urbanista y artista plástico en proceso. Ha participado en exposiciones en Puebla, Ciudad de México, Argentina y Estonia.
 @getsekidana



TINTA SUELTA

Sandy de Santos

(Aguascalientes, 1997). Artista visual. Utiliza el dibujo como principal medio de expresión y con su lenguaje garabatoso desarrolla proyectos en grabado, libros-arte, collage, ilustración y narrativa gráfica.
 @laslineasdetenis



